



COR AD COR

3

CUADERNO SOBRE LA **VIDA Y**
DOCTRINA DE **SAN JOHN**
HENRY NEWMAN

Cor ad cor

ESCRIBE: THE NEWMAN SOCIETY

3

CUADERNO SOBRE LA **VIDA Y**
DOCTRINA DE SAN JOHN
HENRY NEWMAN

© COR AD COR. CUADERNO SOBRE LA VIDA Y DOCTRINA DE SAN JOHN HENRY NEWMAN. Año 1, No. 1, julio - septiembre 2019, es una publicación editada por The Newman Society, en Zapopan, Jal., Tel. 33 2538-2488. cuaderno@thenewmansociety.org. Editor responsable: Adrián A. Aguilera A. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. ____- ____- _____. ISSN ____-____, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derecho del Autor, Licitud de Título y contenido No. ____.

Impresión y encuadernación: GP Soluciones Impresas S. A. de C. V., Calle Mezquitán 574, Col. Barranquitas, Guadalajara, Jal., C. P. 44280.

Este número se terminó de imprimir el 9 de octubre de 2021, con un tiraje de 1000 ejemplares.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin la autorización expresa de sus autores.



Presentación

En una de las meditaciones más queridas del Cardenal Newman dice que nuestro divino maestro nos ha asignado una tarea específica a cada uno de nosotros, un "servicio concreto", confiado de manera única a cada persona en particular; "Dios me ha creado para una misión concreta. Me ha confiado una tarea que no ha encomendado a otro"¹. "Tengo mi misión", escribe, "soy un eslabón en una cadena, un vínculo de unión entre personas. No me ha creado para la nada. Haré el bien, haré su trabajo; seré un ángel de paz, un predicador de la verdad en el lugar que me es propio... si lo hago, me mantendré en sus mandamientos y le serviré a él en mis quehaceres"².

San John Henry Newman cumplió fielmente la misión que Dios le encomendó, desde su época como estudiante en Oxford y después como tutor en el Oriel College, también como guía del Movimiento de Oxford y como Pastor al frente de la parroquia Universitaria de Santa María, atendiendo espiritualmente a los fieles, especialmente a los jóvenes y a los más pobres. Se dejó guiar por la luz amable³ de la fe –"nunca he pecado contra la luz" repetía durante su convalecencia en Sicilia⁴–. Esta fidelidad a la voz de Dios que resuena en el interior de la conciencia y que va mostrando el camino de la vida es la constante de la existencia de Newman, se muestra de modo palpable durante el tiempo de su retiro en Littlemore a partir de 1843, que desembocaría en su conversión a la Iglesia católica aquel célebre 9 de octubre de 1845; es la misma fidelidad que marca toda su vida posterior dedicada al apostolado tanto en el Oratorio de Birmingham, del que él mismo había sido fundador, como también en Dublin a donde fue llamado como rector de la primera Universidad Católica de Irlanda, y hasta sus últimos años como Cardenal.

La fidelidad santo Cardenal Newman, ha sido para nosotros fuente de inspiración continua y de innumerables bendiciones. Él es nuestro modelo, padre y maestro espiritual. De la fecundidad de su entrega incondicional ha brotado esta pequeña familia espiritual a través de la cual su acción y enseñanza se prolonga en el tiempo para beneficio sobre todo de los jóvenes. Él ha sido una de esas personas maduras a las que se refería san Pablo VI cuando dijo que "la juventud cristiana no dejará defraudada a la Iglesia, si dentro de ella

¹ Meditaciones sobre la doctrina cristiana.

² Meditaciones y devociones, 301-302.

³ La columna de nube (Lead, Kindly Light), año 1832.

⁴ Cf. Ker, I., John Henry Newman. Una biografía; Palabra, Madrid, 2011, p. 96

encuentra suficientes personas maduras, capaces de comprenderla, amarla y guiarla y abrirle un futuro, transmitiéndole con fidelidad la Verdad que no pasa"⁵.

Ya en 2010, Benedicto XVI había querido poner de relieve esta gran figura del catolicismo inglés del siglo XIX, convencido de que Newman tiene mucho que enseñar a la Iglesia de nuestro tiempo. Al presidir la Beatificación del Cardenal Newman, el 19 de septiembre de 2010, en el Cofon Park de Rednal - Birmingham, el Papa quiso rendir un homenaje a un personaje del que él mismo tanto había aprendido a lo largo de su vida. Nueve años después también el santo Padre Francisco ha querido poner de relieve la actualidad del testimonio y mensaje de John Henry Newman, proponiéndolo a toda la Iglesia como modelo de vida, guía seguro e intercesor en el Cielo.

En sintonía con los deseos del Santo Padre y del ahora Papa emérito, tratar de interiorizar y asimilar los aspectos esenciales de su experiencia y de su mensaje, puede ayudarnos mucho también a nosotros que con tanto gozo hemos vivido la ceremonia de Canonización de san John Henry Newman, el pasado 13 de octubre de 2019.

En el primer aniversario de la canonización y ya que este año celebramos el 175 aniversario de su conversión al catolicismo, podemos considerar una de las notas principales que caracteriza la santidad de Newman, el secreto de su vida, la fuente de la fecundidad de su figura, que sigue siendo atractiva para el hombre de hoy, la raíz de su influencia. Lo fundamental en la vida de Newman, lo primero y más importante, la raíz secreta de su vida y de su posteridad espiritual es la relación con Dios, el primado de Dios. Newman nos dice, antes que nada que el origen, el centro y el fin del ser y de la vida del hombre es Dios.

1. CONVERSIÓN: YO Y MI CREADOR.

El teocentrismo aparece claramente en las tres conversiones de Newman. La primera conversión es la de la fe en el Dios vivo. En su juventud atravesó un periodo de dificultades y dudas. A los catorce años se alejó de la fe cristiana, quería ser virtuoso, pero no religioso. No excluía la existencia de Dios, pero se trataba de algo incierto; lo verdaderamente real era para él lo que se puede percibir y comprobar, lo tangible, lo que se puede calcular y

⁵ Pablo VI, *Gaudete in Domino*, n. 58: "creemos tener todas las razones para dar confianza a la juventud cristiana: ésta no dejará defraudada a la Iglesia si dentro de ella encuentra suficientes personas maduras, capaces de comprenderla, amarla, guiarla y abrirle un futuro, transmitiéndole con toda fidelidad la Verdad que no pasa. Entonces ocurrirá que nuevos obreros, resueltos y fervientes, entrarán a su vez a trabajar espiritual y apostólicamente en los campos en sazón para la siega. Entonces sembrador y segador compartirán la misma alegría del Reino (cf. Jn 4,35-36)".

manipular. Al año siguiente recibió la gracia de la conversión⁶: reconoce que Dios y su propia alma constituyen aquello que es verdaderamente real⁷, lo que vale.

“Yo y mi Creador” son para él a partir de ese momento las dos realidades fundamentales, mucho más cercanas a su experiencia que los objetos materiales con los que puede entrar en contacto con solo abrir los ojos o extender la mano. Aquello que hasta el momento aparecía irreal y secundario se revela ahora como lo verdaderamente decisivo.

Descubrió la verdad objetiva de un Dios personal y viviente, que habla a la conciencia y revela al hombre su condición de criatura; comprendió su propia dependencia en el ser de Aquel que es el principio de todas las cosas, encontrando en Él el origen y sentido de su identidad y singularidad personal. *Cuando sucede una conversión semejante, no cambia simplemente una teoría, cambia la forma fundamental de la vida. Todos tenemos siempre necesidad de esa conversión: entonces estamos en el camino justo*⁸.

Quienes estamos de alguna manera familiarizados con las realidades sagradas, en contacto con la Palabra de Dios y los sacramentos, tenemos el peligro de que nuestra conciencia de lo sagrado se duerma, de habituarnos a ciertas acciones y palabras. Los católicos somos quienes más necesitamos de esa conversión fundamental: creer profunda y personalmente que Dios existe, vive, habla, actúa, Dios nos ama y quiere tener una relación personal con cada uno de nosotros. No es una conversión que se realiza una vez en la vida, sino una conversión que *todos* necesitamos *siempre*, cada día.

Conversión, en este sentido es, como señalaba el entonces Card. Joseph Ratzinger en una conferencia a catequistas y profesores de religión, “cambiar de mentalidad, poner en tela de juicio el propio modo de vivir y el modo común de vivir, dejar entrar a Dios en los criterios de la propia vida, no juzgar ya simplemente según las opiniones corrientes... dejar de vivir como viven todos, dejar de obrar como obran todos, dejar de sentirse justificados en actos dudosos, ambiguos, malos, por el hecho de que los demás hacen lo mismo; comenzar a ver la propia vida con los ojos de Dios; por tanto, tratar de hacer el bien, aunque sea incómodo; no estar pendientes del juicio de la mayoría, de los demás, sino del juicio de Dios. En otras palabras, buscar un nuevo estilo de vida, una nueva vida”⁹.

⁶ Newman, J., Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas, BAC, Madrid, 2011, pp. 5-6.

⁷ Véase: Aguilera, A., Cor ad cor loquitur. Pautas de espiritualidad a la luz de John Henry Newman, pp. 9-16.

⁸ Benedicto XVI, Discurso a la Curia Romana, 20-XII-2010.

⁹ Ratzinger, J., *La nueva evangelización* (2000-X-10).

Convertirse es dar el salto del mundo visible al mundo real¹⁰, es el paso de lo que san John Henry llama el conocimiento “nocional” al conocimiento real, en relación con el mundo espiritual. Es comenzar a vivir en contacto con el mundo invisible y hacer de la presencia de Dios el “norte” de la propia vida. En cambio, una vida sin conversión es una vida de continua autojustificación; vida que acaba en el vacío y en la desesperanza, sin un motivo que valga la pena para seguir adelante, una existencia que tiene como único punto de referencia el propio yo y sus caprichos.

La segunda conversión¹¹ de Newman fue la de la fidelidad a la conciencia¹². Durante el viaje por el Mediterráneo en 1833, Newman experimentó sufrió una terrible enfermedad. Allí se dio cuenta que tenía una misión que cumplir a su regreso a Inglaterra. Después de que en Sicilia se encontrara al borde de la muerte, se determinó a seguir la luz amable de la verdad allí a donde ésta le guiara. En medio del mar, ya en su camino de regreso a su patria, reflejó su determinación en aquella famosa poesía titulada “La columna de nube”: *Guíame, Luz amable, entre las tinieblas espesas, Guíame tú! La noche es oscura y yo estoy lejos de casa, Guíame tú! Cuida mis pasos. No pido ver la escena distante, me basta el siguiente paso. No siempre he pensado así, no siempre he rezado para que tú me guíes. Me gustaba elegir y decidir por mí mismo, Pero ahora, guíame tú!...*¹³

En el pensamiento moderno, lo objetivo es lo que se puede calcular y verificar por medio de un experimento; por eso la religión y la moral no pertenecen al mundo objetivo, sino al subjetivo, el ámbito donde cada sujeto puede decidir según sus intuiciones y experiencias: la conciencia es esa última instancia de decisión del sujeto individual. Aquí no hay criterios objetivos, todo es subjetivo, y cada uno puede decidir el bien o el mal, creer o no creer¹⁴.

¹⁰ Cf. Ratzinger, J., *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca, 2005, pp. 48-49.

¹¹ Cf. Aguilera, A., *Cit.*, pp. 23-30.

¹² Para conocer mejor el pensamiento de Newman sobre el tema de la conciencia véase: Newman, J., *Carta al Duque de Norfolk*, Rialp, Madrid, 1994. Allí habla de la conciencia en términos de “primer vicario de Cristo” y dice que “la conciencia hace válidos ante la criatura los derechos del Creador”, que “la conciencia tiene derechos porque antes tiene deberes”, etc (cf. pp. 44, ss).

¹³ San John Henry Newman, *Verses on Various Occasions*, 90, 156-157.

¹⁴ Hoy, en pocas palabras, se llama conciencia a lo que Newman denominaba el “gran enemigo de la conciencia: “En estos tiempos para gran parte de la gente, el más genuino derecho y libertad de la conciencia consiste en hacer caso omiso de la conciencia, dejar al margen al Legislador y Juez, ser independiente de obligaciones no escritas, invisibles (...). La conciencia es un consejero exigente, pero en este siglo ha sido desbancado por un adversario de quien los 18 siglos anteriores no habían tenido noticia -si hubieran oído hablar de él, tampoco lo hubieran confundido con ella-. Ese adversario es el espíritu propio, la autonomía absoluta de la voluntad individual” (Carta al Duque de Norfolk, pp. 75-76)

Newman se convierte de esta manera de pensar a otra diametralmente opuesta: *Para él, "conciencia" significa la capacidad de verdad del hombre: la capacidad de reconocer en los ámbitos decisivos de su existencia, religión y moral, una verdad, la verdad. La conciencia, la capacidad del hombre de reconocer la verdad, le impone al mismo tiempo el deber de encaminarse hacia la verdad, de buscarla y de someterse a ella allí donde la encuentre. Conciencia es capacidad de verdad y obediencia en relación con la verdad, que se muestra al hombre que busca con corazón abierto*¹⁵.

Por tanto, conciencia es la capacidad de percibir la verdad en relación al origen y sentido de la existencia humana, en relación a Dios, en relación al modo recto de vivir; y al mismo tiempo, obediencia a la verdad descubierta y reconocida en la conciencia. La verdad es accesible a la conciencia y tiene una fuerza vinculante. La conciencia es el "lugar" donde Newman percibe, escucha y encuentra a Dios; obedeciéndola, progresa en la amistad con Él. Esta luz de la verdad en la interioridad de la persona y esta fidelidad a la verdad percibida es la fuerza motriz del camino de la conversión.

¿Qué importante es esta realidad en la vida personal y en toda labor educativa! En la medida que existe esta fidelidad a lo que se ve claro en la conciencia, la persona crece en su propia realización, en su relación con Dios y con el prójimo; y al mismo tiempo se



¹⁵ Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 20-XII-2010.

capacita para percibir una luz mayor, para penetrar más en la verdad o dejarse conquistar por ella.

Aquí se puede ver también la trascendencia de pararnos a pensar y de hacer reflexionar a las personas, para que ellas mismas descubran las verdades esenciales; y de animar a vivir aquello, poco o mucho, que se ve claro, para vivir con autenticidad nuestro ser y para ser capaces de mayor luz –a esto llama Newman el principio de Economía¹⁶–: *no pido ver la escena distante, me basta el siguiente paso*.

La tercera conversión¹⁷ de Newman fue al catolicismo¹⁸, como una exigencia interior, para él muy costosa, de fidelidad a la verdad que había descubierto a través de la oración,

¹⁶ “Dios no introdujo de golpe el Evangelio en el mundo sino que fue preparando a los hombres para recibirlo, así, según la doctrina de la primitiva Iglesia, era un deber, por los gentiles mismos, sus prójimos, guardar una reserva y cautela grandes a la hora de darles a conocer el “entero designio de Dios”. Esta prudente dispensación de la verdad, al estilo de un prudente y vigilante mayordomo (Lc 12, 42), es lo que significa la palabra Economía. Es una manera de obrar que entra en el terreno de la prudencia, una de las cuatro virtudes cardinales” (Apología, Nota F. Sobre la Economía, pp. 260-263).

Newman define este principio del modo siguiente: “de los distintos modos de conducta o de hablar a otros en asuntos de religión -y sin perder de vista que, en principio, todos están permitidos- debe escogerse el que más se ajuste a lo que se pretende” (Apología, p.260). Hay que usar de este principio sin llegar a la insinceridad, sin sacrificar nunca la verdad a la conveniencia. El Señor mismo recomendó “no dar las perlas a los cerdos” (Mt. 7, 6); y San Pablo distingue entre “la leche que es necesaria para cierta clase de personas y el manjar sólido que se da a otras” (1 Cor 3, 2; a esto se refiere también la carta a los Hebreos 5, 13-14). La predicación de los demás apóstoles renunció a “altas doctrinas” para predicar “solo a Jesús y la resurrección” o “penitencia y fe”. Esa es la razón que dan los padres respecto al silencio de muchos escritores de los primeros siglos acerca de la dignidad de nuestro Señor.

¹⁷ *Apología*, p. 182, ss.

¹⁸ El P. Domingo de Barberi completamente empapado de agua después de cinco horas en la cubierta del coche, que se había retrasado a causa de un tiempo espantoso, llegó a Littlemore el 8 de octubre (1845), a las once de la noche: “me coloqué junto al fuego para secarme –escribió mas adelante el padre Domingo a sus superiores–. Se abrió la puerta y ¡qué espectáculo para mí ver a mis pies a John Henry Newman rogándome que le oyera en confesión y que le admitiera en el seno de la Iglesia católica! Allí junto al fuego comenzó su confesión general con gran humildad y devoción”... A la mañana siguiente el padre Domingo fue a la capilla católica de san Clemente para comunicar la noticia al sacerdote (señor Newsham) y para celebrar la misa. Volvió, todavía lloviendo a cántaros, escuchó el resto de la confesión de Newman y las de Frederick Bowles y Richard Stanton... A las seis de la tarde, como informó el padre Domingo, “pronunciaron su confesión de fe tal como se acostumbra, uno después de otro, en su oratorio privado, con tan gran fervor y piedad que casi no cabía en mí de alegría. Los bautizó condicionalmente (por si acaso no lo estuvieran debidamente). La mañana siguiente el padre Domingo celebró la misa en la minúscula capilla de Littlemore: sirvió de altar el pupitre que Henry Wilbeforce había regalado a Newman, en el que había escrito el Ensayo sobre el desarrollo, y que de nuevo se encuentra allí hoy día, en la biblioteca de la casa. Todos recibieron la comunión: Newman, St. John, Dalgairns, Bowles y Stanton. Newman señaló el acontecimiento en su diario con una cruzcita. El misionero pasionista tenía que partir al día siguiente, sábado, y escribió a sus superiores que Newman era “uno de los hombres más humildes y amables que he conocido en mi vida” (Cf. Trevor, John Henry Newman. Crónica de un amor a la verdad, pp. 133-135).

de la penitencia, del estudio, de la coherencia de vida, dejando que la gracia actuara en él. *Le exigía abandonar casi todo lo que le era querido y apreciado: sus bienes y su profesión; su título académico, los vínculos familiares y muchos amigos.* Más todavía: la aceptación de que su mensaje no fuera comprendido ni por anglicanos ni por católicos, y vivir en la humildad y oscuridad de la obediencia, con una vida llena de incomprensión, de marginamiento, de “fracasos” apostólicos.

La conversión al catolicismo suponía para Newman la opción por los pobres, los marginados, los sencillos, los inmigrantes, los jóvenes y los niños, para los que habría de predicar el Evangelio en un lenguaje sencillo, mientras se ponía por completo a su disposición para servirles como ministro de Jesucristo. Así mostró claramente que lo único importante y decisivo para él era Dios. *Aún no había llegado la hora de su eficacia. En la humildad y en la oscuridad de la obediencia, él esperó hasta que su mensaje fuera utilizado y comprendido.* No hubiera sido posible esta espera oscura, humilde y paciente sin la certeza de haber encontrado a Dios y tener una relación viva y personal con Él.

2. SANTIDAD: VIVIR EN COMUNIÓN CON DIOS.

La centralidad de Dios en el pensamiento del cardenal Newman se manifiesta, asimismo, en su *comprensión de la vida cristiana como una llamada a la santidad, experimentada como del deseo profundo del corazón humano de entrar en comunión íntima con el Corazón de Dios*¹⁹. Lo expresa particularmente su lema: *cor ad cor loquitur, el corazón habla al corazón.* El cristianismo es el corazón humano en comunión íntima con el Corazón de Dios mediante la amistad con Cristo. A esta santidad se sintió llamado desde muy joven, desde su conversión, y se mantuvo fiel a ella toda su vida.

Esta comunión con Dios en la que consistía para él la santidad era lo absolutamente primero para él. Dos criterios fundamentales le ayudaron a vivir la primacía de Dios. El primero: *La santidad antes que la paz*²⁰. Qué fuerte es en el ser humano la tendencia a evitarse problemas, llevar una vida tranquila, no complicarse la existencia con críticas, rechazos, oposiciones, señalamientos, conflictos, simplemente rebajando los ideales, las metas, el tono de vida, pensando como piensan todos, viviendo como viven todos,

¹⁹ Benedicto XVI, *El corazón le habla al corazón. Homilía en la Eucaristía de Beatificación del Cardenal John Henry Newman*, Cofton Park de Birmingham, 19-IX-2010. Tomado de: Benedicto XVI, *Discursos en el Reino Unido*, BAC, Madrid, 2010, p. 69.

²⁰ Expresión tomada de Thomas Scott, a quien Newman leyó con mucho gusto durante su juventud. Véase: Newman, J., *Apología*, p. 6.

hablando como hablan todos! Buscar el "equilibrio", la "moderación", el "justo medio" entre el escándalo y el radicalismo, evitar "extremismos" y "fanatismos".

En cambio, en los santos encontramos la *firme voluntad de adherirse al Maestro interior con su propia conciencia, de abandonarse confiadamente al Padre y de vivir en la fidelidad a la verdad reconocida*. Estuvieron, como es el caso de Newman, dispuestos a pagar un gran precio por vivir en comunión con Cristo, a sufrir muchas pruebas e incomprensiones, sin descender a componendas. *Permaneció siempre honrado en la búsqueda de la verdad, fiel a las llamadas de su propia conciencia y dirigido hacia el ideal de la santidad*.

El segundo criterio fundamental por el que se dejó guiar Newman fue: *El crecimiento es la única expresión de vida*²¹. La verdad, el amor, la comunión con Dios no se alcanza en esta vida de una vez para siempre, sino que requiere *una continua conversión, transformación y crecimiento interior, siempre apoyado confiadamente en Dios*. Su propia experiencia de crecimiento la resumió Newman en la fidelidad a sí mismo y a la voluntad del Señor: *"Aquí en la tierra vivir es cambiar, y la perfección es el resultado de muchas transformaciones"*.

Hay vida en nosotros en la medida en que hay crecimiento y transformación. Estancarse, detenerse, conformarse consigo mismo es morir. La relación con Dios requiere constante reflexión, oración, reparación. Recomenzar cada día desde el encuentro con Cristo.

Aquí adquiere toda su importancia la oración personal: un coloquio de corazón a corazón con Dios. Es el hábito, *la práctica de buscar a Dios y el mundo invisible en cada momento, en cada lugar, en cada emergencia* [Gracias a la oración] *un hombre ya no es lo que era antes; gradualmente se ve imbuido en una serie de ideas nuevas, y se ve impregnado por principios diferentes*²². Es el encuentro con Dios en el que el cristiano toma partido para servir a su único y verdadero Maestro y por eso lo transforma.

En la oración el cristiano descubre y asume la tarea específica que Jesús le ha asignado de manera única: *Tengo mi misión; no me ha creado para la nada; haré el bien, haré su trabajo*²³. De esta manera, *la fidelidad a la oración nos va transformando gradualmente a semejanza de Dios*. La oración auténtica transforma al hombre y le lleva a vivir en comunión con Dios.

²¹ También en esta frase se inspira en Th. Scott., cf. *Apología*, p. 6.

²² Newman, J., *Sermones parroquiales y sencillos*, IV, 230-231.

²³ *Meditaciones y devociones*, 301-302.

3. VERDAD Y AMOR.

El primado de Dios se traduce en Newman en pasión por la verdad. *Fuimos creados para conocer la verdad, y encontrar en esta verdad nuestra libertad última y el cumplimiento de nuestras aspiraciones humanas más profundas. En una palabra, estamos destinados a conocer a Cristo, que es “el camino, y la verdad, y la vida” (Jn 14, 6)*²⁴.

La pasión por la verdad implica gran honestidad intelectual, gran amor a la reflexión personal y al estudio como búsqueda de la verdad, y más todavía como un dejarse conquistar por la verdad, que por sí misma convence a quien se deja encontrar por ella.

Pasión por la verdad quiere decir también coherencia de vida, dejarse guiar por ella en la forma de vivir, adecuar nuestra vida a la verdad: *Si hemos aceptado la verdad de Cristo y nos hemos comprometido con él, no puede haber separación entre lo que creemos y lo que vivimos. Cada uno de nuestros pensamientos, palabras y obras deben buscar la gloria de Dios y la extensión de su Reino*²⁵. Esta coherencia es condición y camino para profundizar en la verdad, para dejarse penetrar por ella. Por lo mismo, puede llegar a ser costosa, implicar sufrimientos, marginamientos, rechazo: *En nuestro tiempo, el precio que hay que pagar por la fidelidad al Evangelio ya no es ser ahorcado, descoyuntado y descuartizado, pero a menudo implica ser excluido, ridiculizado o parodiado*²⁶.

Un fruto especialísimo y muy necesario de esta coherencia de vida en la pasión por la verdad es la sabiduría crítica: *Los que viven en y por la verdad instintivamente reconocen lo que es falso y, precisamente como falso, perjudicial para la belleza y la bondad que acompañan el esplendor de la verdad.* En este sentido, la primacía de la verdad incluye combatir la ceguera de la razón para lo que es esencial: *Combatir esta ceguera de la razón y conservar la capacidad de ver lo esencial, de ver a Dios y al hombre, lo que es bueno y verdadero, es el propósito común que ha de unir a todos los hombres de buena voluntad. Está en juego el futuro del mundo*²⁷.

Finalmente, la pasión por la verdad impulsa irresistiblemente a transmitirla e irradiarla en el mundo, tanto más cuanto más densas son en él las tinieblas del error, de la confusión, del relativismo: *La Iglesia no puede sustraerse a la misión de anunciar a Cristo y*

²⁴ Benedicto XVI, *Algunas lecciones de la vida de Newman. Homilía en la Vigilia de oración en preparación a la Beatificación del Cardenal John Henry Newman*, Hyde Park de Londres, 18-IX-2010. *Discursos en el Reino Unido*, p. 62.

²⁵ Íb., p. 63.

²⁶ Íb., p. 62.

²⁷ Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 20-XII-2010.

su Evangelio como verdad salvadora, fuente de nuestra felicidad definitiva como individuos y fundamento de una sociedad justa y humana. Se transmite no sólo por la enseñanza formal, sino sobre todo por el testimonio de una vida íntegra, fiel y santa.

En esta presentación y defensa de la Verdad, Newman estuvo siempre atento también a encontrar el lenguaje apropiado, la forma justa y el tono adecuado. Intentó no ofender nunca y dar testimonio de la gentil luz interior, esforzándose en convencer con la humildad, la alegría y la paciencia²⁸.

Newman es un maestro en enseñarnos que la primacía de Dios es la primacía de la verdad y del amor. El primado de Dios es también primacía del amor. Ese amor es Dios mismo que se nos ha entregado en Jesucristo hasta el extremo, por todos y cada uno: Me amó y se entregó a sí mismo por mí (Ga 2,20). Al experimentar este amor de Dios en el encuentro que el hombre tiene con Él en la oración y en los sacramentos, Dios mismo nos hace capaces de amar con su amor.

Un amor que brota de la fe, una fe y un amor que transforman el mundo: La fe busca dar frutos en la transformación de nuestro mundo a través del poder del Espíritu Santo, que actúa en la vida y en la obra de los creyentes (...) En tiempos de crisis y turbación Dios ha suscitado grandes santos y profetas para la renovación de la Iglesia y la sociedad... Pero cada uno de nosotros está llamado a trabajar por el progreso del Reino de Dios... Cada uno de nosotros tiene una misión, cada uno de nosotros está llamado a cambiar el mundo, a trabajar por una cultura de la vida, una cultura forjada por el amor y el respeto a la dignidad de cada persona humana²⁹.

El primado de Dios en la vida del hombre está presente en la visión de Newman sobre la educación³⁰. Contrario a cualquier enfoque reductivo o utilitarista, para él una auténtica educación debía unir *el esfuerzo intelectual, la disciplina moral y el compromiso religioso*³¹.

²⁸ Benedicto XVI, *La primacía de Dios en la vida y los escritos del beato John Henry Newman. Carta del Santo Padre al Reverendo Padre Hermann Geissler, f.s.o. (Director del International Centre of Newman Friends)*, 18-XI-2010.

²⁹ Benedicto XVI, *Algunas lecciones de la vida de Newman. Homilía en la Vigilia de oración en preparación a la Beatificación del Cardenal John Henry Newman*, Hyde Park de Londres, 18-IX-2010. *Discursos en el Reino Unido*, pp. 64-65.

³⁰ Cf. Newman, J., *La idea de la universidad*. Traducción castellana: primera parte, Newman, J., *Discursos sobre la naturaleza y el fin de la educación universitaria*, Eunsá, Navarra, 2011.; segunda parte, Newman, J., *La idea de la universidad II. Temas universitarios tratados en lecciones y ensayos ocasionales*, Encuentro, Madrid, 2014.

³¹ Benedicto XVI, *El corazón le habla al corazón. Homilía en la Eucaristía de Beatificación del Cardenal John Henry Newman*, Cofton Park de Birmingham, 19-IX-2010. *Discursos en el Reino Unido*, p. 70.

Compromiso religioso es búsqueda de Dios y comunión de vida con Él. Sin este elemento la educación no es integral ni logra su fin. La excelencia académica en la búsqueda de la verdad, la rectitud de vida y la relación personal con Dios son aspectos indispensables y complementarios de una auténtica formación humana: "Quiero un laicado que no sea arrogante ni imprudente a la hora de hablar, ni alborotador, sino hombres que conozcan bien su religión, que profundicen en ella, que sepan bien dónde están, que sepan qué tienen y qué no tienen, que conozcan su credo hasta tal punto que puedan dar cuenta de él, que conozcan tan bien la historia que puedan defenderla"³².

Otro aspecto en que se manifiesta la centralidad de un Dios que es amor y llamada al amor, en la vida de san John Henry consiste en que, siendo él un gran profesor y escritor, *se veía a sí mismo ante todo como un hombre que pertenece a Dios*, en quien se hace presente y actúa Jesucristo, el único mediador entre Dios y los hombres. Vivió en la alegría que implica encontrarse entre el pueblo de Dios como *propiedad de Jesucristo*. Fue ejemplar su entrega a la oración, su sensibilidad apostólica ante las necesidades del pueblo y su celo por predicar el Evangelio. Su visión del ministerio apostólico estuvo caracterizada por la calidez y la humanidad.

El célibe, por ser hombre y no ángel, puede tener compasión, ternura e indulgencia con los hombres, de quienes ha de ser modelo y guía, y a quienes ha de llevar del hombre viejo a la vida nueva: ésa es su tarea. Así, desde su unión con Dios, san John Henry Newman se desveló por el pueblo de Birmingham, visitando a los enfermos y a los pobres, consolando al triste, atendiendo a los encarcelados, formando la conciencia, administrando los sacramentos. Esta identificación con Cristo suscitó en Él un sincero afecto filial a la Madre de Dios, la bienaventurada Virgen María.

La vida y obra del nuevo santo nos invita, sobre todo a los miembros de esta familia espiritual, a que seamos hombres orientados a Dios, que busquen la unión con Él, y que la antepongan a cualquier otra realidad.

4. PALABRAS CONCLUSIVAS

Con inmensa alegría recibimos la noticia que por tantos años habíamos esperado, de la fecha en que iba a tener lugar la canonización de Nuestro Padre san John Henry Newman, educador, converso, oratoriano, Cardenal de la Iglesia católica, apóstol del moderno Reino Unido: el 1 de julio (2019), en punto de las diez de la mañana -hora de Roma-, en la Sala

³² Newman, J., *La posición actual de los católicos en Inglaterra*, IX, 390.

Clementina del Palacio Apostólico Vaticano, el Santo Padre Francisco presidió el rezo de la hora tercia y el Consistorio Ordinario público para someter a los Cardenales miembros de la Congregación para las causas de los santos el decreto de Canonización del Cardenal Newman y de otros cuatro beatos.

La votación concluyó con la aprobación de la canonización, la cual fue presidida por el Papa Francisco el 13 de octubre de 2019 en la Plaza de San Pedro. Ha sido una extraordinaria experiencia de fe y comunión. Ahora nos toca profundizar en este importante acontecimiento y de prever los medios concretos para disponernos y aprovecharlo al máximo en orden a nuestra formación.

En cualquier caso no perdamos de vista que los meses transcurridos desde la ceremonia deben haber sido para nosotros una oportunidad para un esfuerzo más sincero en poner los medios para que Dios sea cada vez más el centro de nuestro corazón y de nuestra vida: "La misma voz que habla dentro de la persona la proyecta fuera de sí misma"³³.

Si hay un eco, es que hay una voz y, por tanto, Alguien que se dirige a nosotros: "Es el eco de Alguien que me habla a mí. Estoy absolutamente convencida de que en último término procede de una persona externa a mí. Y trae consigo la prueba de su origen divino. Mi ser va hacia ella como hacia una persona (...). Si hay un eco es que hay una voz; y Alguien que habla. Y ese alguien que habla es a quien yo amo y reverencio"³⁴.

Esa voz es la voz de Dios que hace vibrar nuestro corazón, solo él puede saciar nuestra sed de amor y de infinito: "No puedo vivir sin algo en que descansar. No puedo volver a ese estado triste y gris que los filósofos llaman sabiduría y los moralistas virtud (...). Necesito amar, el amor es mi vida!"³⁵.

La mejor forma de agradecerle a Dios la canonización del Cardenal Newman es "aplicarnos con todo el amor que la gracia nos inspire a cultivar una relación viva y personal con Dios en Jesucristo"³⁶, de manera que Él se convierta cada vez más en "el centro natural de nuestros pensamientos, en el polo magnético de nuestros afectos y en la razón última de cada opción de nuestra vida"³⁷.

³³ Sermones parroquiales y sencillos, II, p. 18.

³⁴ Newman, J., *Calixta*, Encuentro, Madrid, 2010, p. 266.

³⁵ Íb., p. 129, ss.

³⁶ Cf. san Pablo VI, *Sacerdotalis caelibatus*, n. 75.

³⁷ San Juan Pablo II a los redentoristas,

La vida y obra de san John Henry nos invita a todos a reavivar la conciencia de la llamada universal a la santidad; su canonización es un potente grito que interpela nuestro corazón: "No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser. Depender de él nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad (...) No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida 'existe una sola tristeza, la de no ser santos'"³⁸.

El corazón le habla al corazón,

THE NEWMAN SOCIETY

Contenido:

			
CONVERSIÓN 9-X-1845 Página 19	NEWMAN Y LA EDUCACIÓN Página 37	MAESTRO DEL ESPÍRITU Página 57	CANONIZACIÓN 13-X-2019 Página 69

³⁸ Francisco, *Gaudete et exsultate*, 32–34.



El Papa Francisco en el atrio de la Basílica de san Pedro (parte superior) y algunos miembros de la Newman Society y del grupo de jóvenes Cor ad Cor que participaron en la ceremonia (parte inferior) el día de la Canonización de san John Henry Newman, 13 de octubre de 2019.

EL JOVEN NEWMAN

“TIENEN QUE DECIDIRSE”

A comienzos de 1833, Newman y Froude habían vuelto de su viaje en el mediterráneo con las pilas bien cargadas, listos para emprender una gran tarea al servicio de la Iglesia. El 14 de julio de ese mismo año Keble predicó el sermón titulado “La apostasía nacional” en el que denunciaba el “liberalismo” de moda y anunciaba un futuro próximo en el que posiblemente para mantenerse fieles a la Iglesia habría que desobedecer algunas directrices del Estado.

Newman que “desconfiaba de las juntas y comités”, no asistió a las reuniones en las que se buscaba firmar solicitudes para garantizar la independencia de la Iglesia. A él le parecía que era demasiado el precio que habrían de pagar para obtener el consenso de un grupo numeroso: mantenerse en el plano de lo “políticamente correcto” y renunciar a muchas de las opiniones personales de cada uno; en su opinión, toda manifestación que pretendiera ser apoyada por muchos estaba condenada a perder fuerza al ser demasiado moderada y genérica. Él pensaba más bien que cada uno era responsable de expresar sus opiniones con toda claridad y que sean cuales fueran los matices del parecer de cada uno, había que oponerse a la instrumentalización de la Iglesia por parte del poder estatal.

Fue entonces cuando comenzó escribir el primero de los *Tracts for the Times* (folletos de actualidad) dirigido al clero, con palabras sencillas. En letras mayúsculas aparecía un título sugerente: “TIENEN QUE DECIDIRSE”. Al poco tiempo, Newman se encontraba inmerso en una intensa actividad, al frente del Movimiento de Oxford, que dejó sentir su influencia en toda Inglaterra. Cartas, sermones, la publicación de los *Tracts*, además de encuentros personales y en pequeños grupos, fueron los instrumentos para la difusión de las ideas



del movimiento, que en poco tiempo logró reunir en sus filas un nutrido grupo de personas comprometidas con la Iglesia y con la causa del movimiento: “no queremos grandes tropas, sino francotiradores”¹. Pretendían, en pocas palabras, redescubrir los orígenes apostólicos de la Iglesia de Inglaterra y, por ese camino, hacer válidas las prerrogativas que la protegían de ponerse al servicio de los intereses de los políticos en turno, pues “la iglesia era una sociedad apostólica, independiente de cualquier Estado o nación, que enseña la revelación de Dios con la autoridad de Cristo”.

El movimiento, a quienes pronto llamaron, los apostólicos por la especial atención que prestaron al estudio de la Iglesia de los Padres, comenzó reflexionando sobre el tema de la sucesión apostólica y, por tanto, prestando especial atención a la cuestión de la autoridad de la Iglesia. John Henry era muy consciente de que la cuestión de la autoridad remitía a otra más fundamental: el derecho de mandar por parte de los sucesores de los apóstoles era secundario en relación con su deber de enseñar, la autoridad está al servicio de garantizar la verdad de la doctrina cristiana. Él, que nunca se había visto a sí mismo como líder de ningún grupo, se encontraba de pronto en el centro de la controversia.

Los siguientes años de la vida de san John Henry transcurrieron en medio de esta lucha al servicio de la comunión anglicana; mientras tanto él seguía profundizando en las enseñanzas de los Padres. En marzo de 1834 apareció el primer volumen de los *Sermones parroquiales y sencillos*, que fueron el complemento de los *Tracts for the Times*, una especie de fuerza espiritual que alimentaba las almas de los miembros del movimiento. Los inspirados sermones de Newman, predicados en la Iglesia Universitaria de Santa María la Virgen, posicionaron a Newman cada vez más como el líder natural y guía espiritual de aquel contingente. San John Henry pronunció también una serie de conferencias publicadas después en dos libros: uno sobre *La misión profética de la Iglesia* (1837) y el *Ensayo sobre obre la Justificación* (1838). En este contexto surge su teoría sobre la Vía Media de la Iglesia anglicana, según la cual la comunión anglicana sería una especie de camino intermedio entre las corrupciones de la Iglesia de Roma y el liberalismo de la Iglesia protestante, simbólicamente entre Roma y Ginebra.

En 1836 murió Richard Hurrell Froude, gran amigo de Newman: “Era tan queridísimo para mí que me cuestan un gran esfuerzo repasar mis pensamientos sobre él. Nunca podré sufrir una pérdida mayor; él tenía conmigo, y es probable que lo tuviera siempre”, escribió Newman a su amigo Bowden. A una amiga, la señorita Giberne, John Henry le

¹ Letters and diaries IV, p. 143.

comentó que Froude "tenía el alma más angelical de cuantas personas he conocido en mi vida, el más sobrenatural... cuanto más tiempo viva, más lo echaré de menos". También la mamá de Newman murió ese mismo año: la Sra. Gemima murió el 17 de mayo de 1836, después de una breve enfermedad. John Henry pudo acompañar a su madre en sus últimos momentos de vida. La enterraron en la Iglesia de Santa María, en Oxford, y se puso una lápida en su memoria en la nueva iglesia construida por Newman en Littlemore, cuya primera piedra había sido colocada por la sra. Newman misma. Para este momento las hermanas de Newman ya se habían casado.

El apostolado de Newman, siempre en aumento, hizo que su figura ejerciera un influjo y un atractivo cada vez mayor, sobre todo entre los jóvenes: a éstos les fascinaba alguien que tomaba a Cristo lo bastante en serio como para despreciar los atractivos de este mundo, y para dedicar su vida al servicio de Dios y de las almas mediante continuos ayunos, oraciones y la predicación del Evangelio. Además de dirigir los Tracts y una revista, pronunciar sus conferencias, escribir sermones, preparar sus libros, recibir y atender todo tipo de visitas, mantener al día su correspondencia, san John Henry era un párroco



Diversas vistas de la universidad de Oxford: Biblioteca (2) y de uno de los Colleges (5), y de la parroquia universitaria de Santa María, del exterior (foto 1) y del interior (3 y 4). Púlpito desde el que Newman predicaba sus sermones (4).

activísimo, sus agendas dan testimonio de la intensa actividad diaria a la que estaba sometido, frecuentemente tenía que añadir pedazos de papel como páginas de repuesto para anotar el resto de las ocupaciones. Llama mucho la atención que en medio de este ritmo de vida vertiginoso, no hubiera descuidado nunca la atención a familiares y amigos.

En 1839 san John Henry sufrió lo que él mismo denominaría "el primer golpe de Roma". Estaba estudiando las definiciones de los primeros concilios relativa a la Encarnación, había prestado especial atención a la condena del monofisismo –la afirmación de que Jesús solo poseía la naturaleza divina y no la humana–. En medio de sus estudios teológicos hubo una cuestión histórica que desencadenó en él una crisis. Ya para esa fecha era muy consciente de que en la historia se habían ido sucediendo nuevas fórmulas para expresar con mayor claridad la fe transmitida por los Apóstoles, a pesar de que fueron frecuentes las resistencias por parte de amplios círculos, oposición apoyada muchas veces por el poder civil. Pero al oponerse al desenvolvimiento de la comprensión del dogma, se condenaban a posicionarse al margen del camino de la Tradición de la Iglesia.

Su teoría de la Vida Media descansaba sobre el principio de que la Iglesia de Inglaterra permanecía fiel a la fe de los primeros siglos, manteniéndose a salvo de las innovaciones de la Iglesia de Roma y del liberalismo de los protestantes. A la universalidad del catolicismo, Newman oponía la "apostolicidad" de su propio credo, es decir: el anclaje en la antigüedad. Haciendo un paralelismo con la Iglesia de los primeros siglos, Newman contempló como su teoría de la Vía Media lo colocaba a él mismo –y a toda la comunión anglicana– al margen de esta tradición, pues lo que él consideraba "corrupción" de la Iglesia romana era simplemente el desarrollo natural en la comprensión de la doctrina: "Mi fuerte era la Antigüedad; en aquel momento me parecía ver reflejada a mediados del siglo V la cristiandad de los siglos XVI y XIX. Contemplé mi rostro en aquel espejo... y yo era monofisita!", nos dice él mismo en la Apología.

Un amigo preocupado por la evolución del pensamiento de san John Henry le había obsequiado un ejemplar de la Dublin Review (revista católica trimestral), que contenía un artículo de Nicholas Wiseman sobre el cisma de los donatistas de África, en la época en que san Agustín era obispo de Hipona. A Newman el tema no le interesó de manera especial, pero se le metió en la cabeza una máxima de san Agustín citada en el artículo, que dice "Securus iudicat oráis terrarum" –el mundo entero es un juez seguro–. Era el principio básico vigente en todos los concilios de la Iglesia: lo que sobre la base de la Escritura y en línea con la tradición aceptaba como verdad la mayoría de la Iglesia, debían sostenerlo todos; pues preferir la propia opinión contra este consentimiento es el camino

hacia el error, la herejía, que consiste en la elección de la voluntad propia contra el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

Newman, cuya certeza consistía en profesar fórmulas idénticas a las de los primeros siglos, de pronto se encontraba con que en el mundo antiguo fueron las nuevas formulaciones las que salvaguardaron la verdad, mientras que las ambigüedades de las antiguas formulaciones dejaban el camino abierto a las malas interpretaciones. En el caso concreto del siglo V, la sede de Pedro, a pesar de hablar latín como lengua principal, había hecho suyas formulaciones y desarrollos que tuvieron lugar en ambientes de lengua griega, proponiendo aquellos desarrollos como esenciales para expresar adecuadamente la doctrina revelada. Así cumplía el mandado encomendado a san Pedro y a sus sucesores. En aquel momento "Roma se hallaba donde se encuentra ahora". "¿Sería posible que, después de todo, el *orbis terrarum* estuviera del lado de Roma? ¿Y que la Iglesia de Inglaterra estuviera desgajada de aquel *orbis terrarum* por medidas tomadas en el siglo XVI?"

LITTLEMORE

A partir de ese momento John Henry, que era un hombre sumamente reflexivo e inteligente, no se pudo recuperar de aquel golpe. Intentó responder con sus mejores argumentos, pero las dudas le perseguían. A juicio suyo, Roma no tenía mayores probabilidades de estar en lo cierto que Canterbury. La reacción de Newman fue la propia de un hombre que coloca por encima de todo la voluntad de Dios, con una profunda honradez en la búsqueda de la verdad. Con deseos de obtener mayor luz tomó la determinación de retirarse a Littlemore para un periodo de ayuno y oración durante la cuaresma de 1840. Littlemore era una comunidad marginal, bastante descuidada, atendida por la parroquia de Santa María, se trataba de un conjunto de casitas de campo. No había tenido Iglesia hasta que Newman mismo la construyera, se había dedicado apenas el 22 de septiembre de 1836.

Newman, que en aquella época se sentía un poco solo, vivió aquella cuaresma de modo riguroso, pero mantuvo algunas de sus actividades pastorales, sobre todo en función de la edificación de los niños y las personas sencillas. A los niños incluso les ofreció lecciones de música y canto, pues había encontrado allí un viejo violín, mismo que utilizaba para acompañar aquel coro que reunía a unos veinte o treinta niños: "Vine aquí como una especie de penitencia cuaresmal. Pero, aunque estoy sin amigos ni libros, hasta ahora no he tenido más que gozos. ¡Casi me da vergüenza pasar una cuaresma tan feliz!"

Durante todo aquel tiempo y hasta la pascua de aquel año, ayunó rigurosamente. No comía fuera de casa, no leía los periódicos y además "no usaba guantes", lo cual en aquel tiempo era signo de mortificación. Durante toda la cuaresma no comía azúcar ni mantequilla, tampoco fruta, pasta, ni siquiera pescado. Los miércoles y viernes no comía nada en absoluto hasta las seis de la tarde y entonces tomaba un huevo para cenar. Los domingos se permitía beber té. Toda la semana santa ayunó hasta las seis de la tarde, el Jueves y Viernes Santo no comió nada excepto algo de pan y agua a última hora de la tarde. Cada día recitaba en privado el oficio completo de las horas, con el breviario romano que había conservado como recuerdo de su amigo Froude. El 25 de marzo, fiesta de la Encarnación, cayó una nevada, Newman aprovechó para completar el relato de su enfermedad en Sicilia. Los días siguientes contrajo un fuerte resfriado que le dejó afónico.

En 1841 Newman comenzó una serie de artículos en el diario *The Times*, los cuales firmaba con el seudónimo "Catholicus". Dichos artículos fueron encargados por el director del periódico a instancias de su hijo, que acababa de salir de Oxford lleno de entusiasmo por Newman. El autor defendía la opinión según la cual la instrucción y la cultura no mejoran por sí mismas a las personas en el plano moral. Era un maestro de la ironía y aprovechó sus dotes como polemista para atacar la opinión contraria, sostenida sobre todo por Sir Robert Peel: "Las mujeres virtuosas pueden ser socias de la biblioteca, pero ¿qué decir de las 'no virtuosas'? Se las puede excluir a ellas mientras se admite a los hombres malos? ¿Es esto fortuito o implica una intención siniestra y solapada contra una parte de la comunidad? ¿Qué tiene que ver la virtud con una sala de lectura? Si están para volver virtuosos a sus lectores, 'para exaltar la dignidad moral de su naturaleza', para ofrecer 'encantos y atractivos' que los aparte de la sensualidad y la violencia, ¿a quién sino a los viciosos y viciosas debe sermonear Sir Robert sobre las oportunidades para el acceso a la mejoría moral? ¿Para quienes, sino para estas personas, resultaría un experimento más adecuado y un triunfo más glorioso de la influencia científica?" Según el parecer de Newman, las personas no se mejoran moralmente solo con aumentar su saber, el conocimiento podría contribuir en ciertos casos solo para que sus pecados se vuelvan más sutiles: "Si pretendemos realizar la mejora moral por medio de la poesía, no haremos sino madurar frutos de un sentimentalismo melindroso y frívolo; si por medio de discusiones lógicas, el fruto será una astucia seca y arisca; si por medio de la buena sociedad, resultará un exterior refinado, con un vacío dentro, en el que el vicio ha perdido su rudeza y quizá ha aumentado su malicia; si por la ciencia experimental, el resultado será un temperamento arrogante e imperioso, inclinado al escepticismo".

A la idea de que el conocimiento llevaría espontáneamente al crecimiento del espíritu, Newman responde: "La verdad es que allí donde los espíritus no son religiosos, el sistema de la naturaleza está exactamente tan relacionado con la religión como un reloj o un vehículo de vapor. El mundo material es, en verdad, infinitamente más maravilloso que cualquier artificio humano; pero la admiración no es religión o, de lo contrario, estaríamos dando culto a nuestros ferrocarriles". Newman enseñaba que "la religión nunca ha sido una deducción de lo que sabemos; siempre ha sido una afirmación de lo que hemos de creer..." La identidad de Catholicus se mantuvo en secreto; muchos hubieran dado lo que fuera por conocer quien era el autor, pues ya se había ganado bastantes enemigos por contradecir la opinión pública y, sobre todo, la de algunos políticos.

No se podía ser indiferente ante el Movimiento de Oxford, sobre todo ante el Dr. Newman, que lo encabezaba. Se le admiraba o se le odiaba. En medio de aquel ajeteo apareció el Tract 90, que vio la luz el 21 de febrero de 1841. Newman creía en el poder y la sabiduría de Dios, que le había hecho nacer en el seno de la comunión anglicana. Y aunque su pensamiento se inclinaba cada vez más al catolicismo romano, quiso adoptar la actitud más prudente: mientras tuviera dudas, permanecería en el lugar en el que se encontraba, pues Dios Todopoderoso le había colocado allí por alguna sabia razón. Se esforzó por interpretar los 39 Artículos de la comunión anglicana en un sentido católico, cosa que resultaba bastante sencilla dada la deliberada ambigüedad con la que habían sido redactados. Tiempo después Newman vería en aquella ambigüedad una decisión política adoptada para asegurar el consenso de puntos de vista contrarios. Por ahora solo había llegado a la conclusión de que una lectura católica de los Artículos era totalmente posible. Newman quería salvar la fidelidad a su conciencia y la fidelidad a la Iglesia en la que había vivido desde pequeño.

El Tract no era un escrito polémico, sino un breve tratado en el cual el autor empezaba afirmando que no le concernían las intenciones de quienes habían compuesto los treinta y nueve artículos anglicanos (en 1571, por mandato de la reina Isabel I), sino su interpretación de acuerdo con la fe de los padres y de la Iglesia universal. Los artículos no eran una profesión de fe, más bien eran propuestas contra los abusos, no contra la verdadera doctrina católica. Algunos evangélicos ya se habían distanciado de los artículos, sin embargo, la Universidad seguía siendo confesional, para graduarse y trabajar en ella era necesario firmar los artículos. La libertad que se daba a los protestantes a la hora de recibir e interpretar los Artículos se les negó a los católicos, como se pondría de manifiesto con ocasión de la cruda reacción y toda la polémica que se desencadenó con ocasión de la publicación del Tract.

Al principio la polémica se orientó en contra de los miembros del movimiento en general, a los que calificaban de papistas, romanistas, etc., pero muy pronto la atención se concentró en san John Henry Newman. La Universidad de Oxford por medio de sus autoridades tomó postura en contra del tracto y su contenido. Newman envió una respuesta digna y respetuosa en la que reconocía que él era el autor: "espero que no les sorprenda que diga que permanece inalterada mi opinión sobre la verdad del principio sostenido en el tracto y sobre la necesidad de publicarlo", escribió. Lamentaba que no se le hubiera proporcionado la oportunidad de dar explicación alguna, se disculpaba por las molestias que les ocasionaba, al mismo tiempo que agradecía "un acto que, si bien se funda en una equivocación, puede resultar tan provechoso para mí cuanto son religiosas y caritativas sus intenciones". La humildad de Newman sorprendió a más de alguno, su respuesta hizo que se cuestionaran si había sido necesario hacer aquel escarnio público.

Aunque se juzgaba con toda dureza al escrito por señalar que la firma de los artículos se compaginaba en algunos casos con la asunción de errores doctrinales que un buen cristiano más bien debía combatir, no se iba sin embargo en contra de ninguna de las afirmaciones doctrinales de Newman, ni tampoco se demostraba equivocada ninguna de sus interpretaciones. El mismo Newman escribió: "ahora me encuentro en mi justo lugar, donde deseaba estar desde hace tiempo, adonde no sabía cómo llegar; se ha producido sin intención mía, providencialmente, espero; aunque al mismo tiempo soy perfectamente consciente de que es un reproche y un castigo a mi secreto orgullo y mi pereza... No puedo predecir cuáles serán las consecuencias de ello aquí o en otra parte por lo que se refería a mí. En cambio, puedo decir que no temo por la causa". A Newman no le sucedió nada, pero la causa se encontró de pronto con la oposición de los obispos² al Tract 90 y a todo lo que representaba.

Los periódicos atacaron y caricaturizaron a Newman, el cual adelgazó y envejeció en poco tiempo de forma alarmante. También la cuaresma de 1841 la pasó en Littlemore, entre ayunos y oraciones, aunque esta vez sí tuvo contacto regular con las cuestiones de Oxford. Los evangélicos inundaron al obispo de la ciudad con cartas llenas de animadversión en contra del autor del Tract 90. Pedían que se condenara, se retirara de las librerías y se ordenara la suspensión de la serie. Newman estaba dispuesto a someterse a la autoridad del obispo: "pienso que pertenecer a la Iglesia es el primero de todos los privilegios en este mundo, en cuanto implica privilegios celestiales... y considero que la

² Al hablar de los obispos se refiere a los de la comunión anglicana. En este momento la jerarquía católica romana estaba ausente en el país. Se restablecería hasta el año 1850.

Iglesia que usted preside es la Iglesia en este país". Como dijo el mismo Newman, no hubo ninguna condena respecto a la doctrina que él defendía, que estaba en sintonía con las enseñanzas de los padres y con la interpretación que se le daba en la iglesia universal; al mismo tiempo había quedado en evidencia el sometimiento del autor a la autoridad del obispo, y toda esta polémica estaba ayudando a que el folleto se vendiera todavía más, "se vendía como donas", dijo Newman. Aquel año tuvo ocasión de interpretar todos estos acontecimientos dolorosos como participación en la Cruz de Cristo: "En la cruz y en Aquel que cuelga de ella, convergen todas las cosas; todas están a su servicio y todas lo necesitan. Es su centro e interpretación. Porque fue levantado en ella para que pueda atraer a todos los hombres y todas las cosas hacia sí".

Newman interrumpió la serie de tracts, además dimitió como director del *British Critic*, aunque muchos no se dieron por enterados de la dimisión y le culparon de las publicaciones que aparecieron todavía algún tiempo después. Se trasladó de nuevo a Littlemore aquel verano, con la intención de establecerse allí. Adquirió una edificación de una sola planta en forma de L, destinada antes para caballeriza. Los espacios destinados a los caballos se convirtieron en habitaciones y el granero en biblioteca. El sitio no quedó listo sino hasta la primavera de 1842.

Newman estaba seguro de estar en el lugar que Dios quería para él, sin embargo, mientras trabajaba en la traducción de las obras de san Atanasio, experimentó "que el fantasma aparecía por segunda vez", como escribió en la Apología; otra vez encontraba un enorme paralelismo entre el tiempo de los padres y la situación actual: "los arrianos puros eran los protestantes, los semiarrianos eran los anglicanos, y la Roma de ahora era lo que fue entonces. La verdad no se hallaba en la Vía Media, sino en lo que muchos llamaban "el partido radical". Por si fuera poco, la Iglesia anglicana reaccionaba mostrándose cada vez más protestante que católica. Se había aceptado en el parlamento un plan que consistía en instaurar en Jerusalén un obispado para la atención religiosa de los residentes ingleses y prusianos; así conseguirían entrada oficial para los protestantes en Palestina, donde Francia y Rusia se habían establecido como protectoras de católicos y ortodoxos respectivamente. Este guiño por parte de la Iglesia, que beneficiaría sobre todo a los luteranos, les parecía a los miembros del movimiento como una traición. Se nombró como obispo de Jerusalén a un reconocido Luterano. A los del movimiento de Oxford les resultaba incongruente la intolerancia absoluta hacia sus posturas mientras se daba demasiada libertad a las interpretaciones liberales. "Nos golpean porque somos obedientes", observó Newman, que para este momento ya estaba convencido de que tenían en su contra a toda la autoridad episcopal de la Iglesia anglicana. En efecto, la



Casa de Newman en Littlemore: exterior, habitación, patio, capilla y biblioteca

reprobación del Tract 90 reunió, como ninguna otra cuestión lo había hecho en mucho tiempo, a un nutrido grupo de obispos que se pronunciaron en esa ocasión. Newman, que defendía la autoridad apostólica de los obispos, era condenado por esa misma autoridad, poniendo de manifiesto que ellos preferían que se les comprendiera en el sentido que lo hacía la reforma protestante y no en el que lo hacía la Iglesia de todos los tiempos. La cuestión del obispado de Jerusalén, en al que se anteponía la política a la fe, puso a Newman "en el lecho de muerte respecto a su pertenencia a la Iglesia anglicana".

A través de los sermones que pronunció san John Henry en aquellos meses se asoman sus experiencias místicas, mucho se hablaba al respecto entre las personas cercanas a él, él ni negaba ni afirmaba nada. Tenía hacia su vida interior una especie de temor reverencial. En todo lo demás, Newman quería "dejarse guiar por la razón, no por el sentimiento". Todavía en 1842, no veía posibilidad alguna de unirse a la Iglesia romana: "Mientras Roma sea lo que es, la unión es imposible". Alguna vez había concebido la idea de alguna unión corporativa, de Iglesia a Iglesia, pero aquella posibilidad era a todas luces irreal. Veía a la Iglesia romana hacer política, pero sin dar signos de santidad: "no puedo pensar nunca que sus procedimientos sigan las huellas de Cristo... Que usen las armas propias de la Iglesia y así demostrarán que son la Iglesia!". Él no sabía entonces que el día 5 de noviembre de 1840 había desembarcado en la isla un fraile italiano, el P. Domingo Barberi, de los pasionistas. El p. Domingo iba de ciudad en ciudad realizando lo que Newman había sugerido: "entrar descalzo con su hábito en las ciudades industriales, aguantando burlas y pedradas, predicando con éxito sorprendente mediante un inglés entrecortado a quien quisiera escucharle".

Durante todo aquel periodo en Littlemore, creció muchísimo la familiaridad de san John Henry con la sagrada Escritura. Aquella abundancia de referencias a la Escritura molestaba mucho a sus opositores, pues contrariamente a lo que ellos hubieran querido, Newman entraba y salía de la palabra de Dios como si fuera su propia casa. Los prejuicios que lo tachaban de papista venían de aquellos que se remitían al principio de "la Escritura y solo la Escritura" y no podían sino hacer una rabieta cuando Newman les respondía con argumentos extraídos de la Biblia. Mientras tanto las obras de Newman se seguían distribuyendo y vendiéndose cada vez más.

En 1842, después de Pascua, Newman se trasladó definitivamente a la casa construida en las antiguas caballerizas, allí llevó consigo todos sus libros y papeles. En los diarios aparecieron noticias sobre el supuesto proceso de fundación de un monasterio anglocatólico en Littlemore. Ante la solicitud de explicación por parte del obispo de Oxford,

Newman respondió: "¿Qué he hecho yo para que el mundo me llame a dar cuentas de mis acciones privadas de una manera que no le sucede a nadie más?... Se me acusa a menudo de ser disimulador y poco sincero... pero a nadie le gusta que sus buenos propósitos sean objeto de parloteo por todas partes, tanto por simple delicadeza común como por temor de que no pueda realizarlos... no estoy realizando nada de tipo eclesial, sino algo personal y privado que solo pueden transformar en público los periódicos y los que escriben cartas sobre ellos". Si el obispo hubiera visto la casa, se habría dado cuenta de que era un lugar extremadamente sencillo, para nada compatible con la imagen que propagaba en las habladurías, a tal grado que al clérigo que habría de suceder a Newman en la atención pastoral hubo de construirse una casa confortable.

Al poco tiempo, Newman dejó su dormitorio para que sirviera de capilla, cuando los espacios destartados se llenaron de visitantes, pues san John Henry no estuvo solo mucho tiempo. Él no eligió a los que llegaron; todos eran jóvenes. Muchos de ellos venían con la esperanza de encontrar razones para no abandonar la comunión anglicana. Los nuevos habitantes de la casa no tenían la intención de fundar asociación alguna, sin embargo, se distinguieron por un estilo de vida "con olor a evangelio": un horario que les permitía aprovechar bien su tiempo, tiempos regulares para la oración, ratos de silencio y de estudio, ratos de convivencia. Ellos mismos realizaban las tareas domésticas. Las comidas eran sencillas. Después de comer había rato de charla y risas; Newman sacaba su violín e interpretaba algunas piezas al gusto de todos.

Los primeros que llegaron fueron John Dobre Dalgairns, William Lockhart, Frederick Bowles. A ellos se unió en 1843, quien habría de ser el principal colaborador de Newman los siguientes treinta años, Ambrose St. John, que tenía entonces veintiocho años, aunque su apariencia le hacía ver más joven. Newman le cobró afecto inmediato. Al principio vino solo por un tiempo; cuando se marchó, Newman escribió a Henry Wilbeforce, que los había presentado: "St. John se va mañana y debo agradecer que me permitieras el gran placer de conocerle y tratarle. Desea visitarme con más tiempo... y te aseguro que yo también lo deseo". La visita con más tiempo de St. John duraría el resto de su vida. Entre todos se pusieron a trabajar en un nuevo proyecto: las Vidas de los santos británicos.

Muchos echaban a andar su imaginación respecto a Newman, pensaban en él como una de esas personas totalmente piadosas y descuidadas respecto a las cosas comunes y corrientes de la vida; muchos se sorprendían al conocer al hombre real, pues era una persona de lo más sencilla, sin ningún de aquellos rasgos llamativos o extravagantes que habían imaginado. Era tal su dedicación a las actividades del día y tal su compromiso en

las cuestiones de su tiempo, que a más de alguno llegaba a decepcionarlo, pues esperaba encontrar a un sujeto frío y distante: “por lo que a mí se refiere, usted no es la primera persona que se ha desilusionado al verme. Siempre habrá personas románticas. En todas mis maneras de proceder soy una persona normal y corriente... no soy venerable y nada puede volverme así”. En torno a Newman se fue congregando también un grupo de muchachas piadosas que lo adoptaron como maestro del espíritu. Amaban el carácter práctico de sus enseñanzas, lo mismo que la profundidad espiritual de sus criterios.

El periodo de reflexión y oración de Newman, que ahora era el guía de la naciente comunidad, continuó y en 1843 vió en conciencia que era la hora de dar un nuevo paso: en efecto, sus sentimientos respecto a la Iglesia de Roma, surgieron de modo natural y gradual, y él se había resistido a ellos todo lo que pudo. Y ahora, de repente, veía que era el momento de “deponer las armas”. Uno de los chicos que había estado viviendo con Newman se decidió a dar el paso hacia la Iglesia Católica Romana. Newman, se sentía obligado en conciencia a dimitir como párroco de la Iglesia de Santa María.

Sus dudas respecto a la comunión anglicana iban en aumento, lo mismo que sus seguridades respecto a la Iglesia católica romana como la verdadera Iglesia. Era, por otra parte, consciente del mal testimonio de muchos cristianos, pero desde la antigüedad “Roma era el centro de la unidad y el juez de las cuestiones doctrinales”, por lo que no iba a permitir que influyeran en su opinión “los aspectos superficiales o interiores de la Iglesia francesa o de cualquier otra”. Tom Mozley, cuñado de Newman, había decidido unirse a la Iglesia católica, Newman le confió su propia situación interior, y su cuñado la divulgó con los miembros de la familia. Las hermanas de Newman reaccionaron con violencia y Harriet nunca le perdonó la influencia que había ejercido en las disposiciones de Mozley.

En la dimisión presentada al obispo, Newman pedía perdón por la sobrecarga de preocupaciones que había causado al obispo y a la iglesia anglicana. El obispo Bagot, tuvo que aceptar la dimisión, pero nunca estuvo de acuerdo con ella. El 25 de septiembre Newman predicó su último sermón, titulado *La despedida de los amigos*. Allí pidió que rezaran por él para que en todas las cosas pudiera conocer la voluntad de Dios y en toda ocasión estuviera dispuesto a cumplirla. Fue despedido entre lágrimas.

Permanecería donde estaba, como laico en la Iglesia de Inglaterra, durante dos años. Entre las razones para permanecer allí es que desconfiaba de lo que él llamaba “la lógica del papel”: desconfiaba tanto de las disposiciones meramente afectivas, como de las conclusiones exclusivamente intelectuales, según su experiencia era el hombre completo el que habría de ponerse en marcha. Habría de comprobar sus conclusiones viviendo de

acuerdo con ellas, mediante la plegaria, el examen de conciencia y la penitencia. El hecho de que algunos de sus amigos no hubiera llegado a las mismas conclusiones que él respecto a la Iglesia de Roma, tenía mucho peso para él. Durante aquel periodo Newman sufría mucho al considerar la aflicción que estaba ocasionando a otras muchas personas, entre ellas sus familiares y amigos. Eran jornadas intensas de trabajo físico e intelectual. Ya para ese momento estaba desarrollándose su *Ensayo sobre el desarrollo del dogma*. Los acontecimientos siguieron su curso hasta que llegó el momento en que Newman no pudo retrasar más el paso hacia la plena comunión con la Iglesia católica romana.

CONVERSIÓN AL CATOLICISMO

El 7 de octubre de 1845, san John Henry le escribió a su amigo Henry Wilberforce para comunicarle su decisión de solicitar al padre Domingo Barberi que lo recibiera en el seno de la Iglesia católica romana. El padre Domingo había sido invitado por Dalgairns a quedarse una noche en Littlemore (Oxford):

Él no tiene antecedentes sobre mis intenciones, pero le solicitaré la admisión al verdadero Rebaño del Redentor... Habría querido esperar hasta que mi libro [*Ensayo sobre el desarrollo de la comprensión de la doctrina*] estuviera terminado, pero habiéndome dejado conducir entera y sencillamente en el camino por mi propia razón... ahora no me arrepiento de someterme a lo que parece ser una llamada exterior. Además, supongo que la partida de otros ha tenido algo que ver³.



Ingreso de la casa donde residía Newman al momento de su conversión, reliquias del Beato Domingo de Barberi que se conservan actualmente en la casa de Littlemore.

³ Letters and Diaries XI, p. 3

En ese momento solo llevaban impresas 128 de las 400 páginas del libro de Newman. Algunos amigos le habían pedido que no les fuera a quitar la paz con noticias "desagradables" en las fechas próximas a la Navidad, por "desagradable" se referían a la posibilidad de que él abrazara el catolicismo. Esto animó a Newman a no esperar más, por otra parte, cuatro de los compañeros de Newman en Littlemore ya habían dado el paso hacia la Iglesia de roma.

Entre Newman y el padre Domingo no había casi nada en común. Newman había sido un prestigioso profesor de Oxford y párroco de la Iglesia universitaria de Santa María; Barberi, en cambio, era el hijo de un humilde campesino italiano. Pero,

desde su juventud, el padre Domingo ha dirigido siempre sus pensamientos hacia Inglaterra. Esperó durante treinta años para que lo enviaran a ese país, y hacía ya tres años desde que sus superiores lo habían enviado a la Isla sin que él lo hubiera pedido. Él ha tenido poco o nada que ver directamente con las conversiones, sino que se va de misiones y retiros con sus propios compañeros⁴.

A diferencia de sus compañeros de la orden pasionista, tampoco ejercía presión a favor de las conversiones, pero era "singularmente amable a la hora de opinar acerca de las personas religiosas de nuestra comunión"⁵. No solo parecía el momento adecuado sino el momento providencial para que Newman diera a conocer la noticia de una vez por todas.

El P. Domingo completamente empapado de agua después de cinco horas en la cubierta del coche, que se había retrasado a causa de un tiempo espantoso, llegó a Littlemore el 8 de octubre de 1845, a las once de la noche: "me coloqué junto al fuego para secarme -escribió mas adelante el padre Domingo a sus superiores-. Se abrió la puerta y ¡qué espectáculo para mí ver a mis pies a John Henry Newman rogándome que le oyera en confesión y que le admitiera en el seno de la Iglesia católica! Allí junto al fuego comenzó su confesión general con gran humildad y devoción"...

A la mañana siguiente el padre Domingo fue a la capilla católica de san Clemente para comunicar la noticia al sacerdote (señor Newsham) y para celebrar la misa. Volvió, todavía lloviendo a cántaros, escuchó el resto de la confesión de Newman y las de Frederick Bowles y Richard Stanton... A las seis de la tarde, como informó el padre Domingo, "pronunciaron su confesión de fe tal como se acostumbra, uno después de otro, en su oratorio privado, con tan gran fervor y piedad que casi no cabía en mí de alegría. Los bautizó condicionalmente (por si acaso no lo estuvieran debidamente). La mañana siguiente el

⁴ LD XI, p. 3.

⁵ LD XI, p. 5

padre Domingo celebró la misa en la minúscula capilla de Littlemore: sirvió de altar el pupitre que Henry Wilbeforce había regalado a Newman, en el que había escrito el Ensayo sobre el desarrollo, y que de nuevo se encuentra allí hoy día, en la biblioteca de la casa. Todos recibieron la comunión: Newman, St. John, Dalgairns, Bowles y Stanton. Newman señaló el acontecimiento en su diario con una crucecita. El misionero pasionista tenía que partir al día siguiente, sábado, y escribió a sus superiores que Newman era "uno de los hombres más humildades y amables que he conocido en mi vida"².

El diario de Newman informa: "el padre Domingo vino anoche. Comencé a confesarme con él"⁶. Esa misma mañana, muy temprano, Newman le escribió a su hermana Jemima para responderle a una carta en la que le reprochaba sobre su decisión de permanecer en Littlemore. Por un lado, él no dudaba en comparar su nueva situación con la que vivieron los primeros Apóstoles, quienes permanecieron en Jerusalén para predicar entre los judíos. Por otro lado, no tarda en señalar que "todo esto es consecuente con el creer, como yo firmemente lo hago, que los individuos de la Iglesia anglicana están invisiblemente relacionados en el Cuerpo Verdadero del cual aparentemente no son miembros; y, en consecuencia, también considero altamente imprudente, indiscreto e inmoral el interferir sobre ellos en ciertos casos...'. Añadió una nota para su tía Elizabeth "escrita con una mano temblorosa y una gran intensidad de emociones": "Solo Dios sabe cuánto estás en mi corazón y cómo me duele causarte una preocupación".

Unos días después Newman le escribió nuevamente a Jemima para asegurarle que nada de lo que ella había dicho acerca de su "pérdida de influencia" tenía "ninguna propensión a lastimarla":

Yo nunca había pensado si ejerzo algún tipo de influencia. Nunca he sabido lo que realmente es, por lo que no es difícil renunciar a ello. El dolor causado a las personas me ha afectado demasiado; pero en cuanto a la influencia, el mundo entero es una gran vanidad, y yo confío en no estar apegado a nada dentro de él...

Ni él tenía tampoco ninguna opinión acerca de si permanecería o no en Littlemore,

Pero el mudarse sería decidirse por un camino. Mientras me encuentre indeciso, permaneceré. Lejos de ser un sacrificio el irme, como se supondría, es una gran prueba el permanecer; el permanecer en medio de caras conocidas, perplejas y cuya perplejidad no puedo mitigar; el permanecer en un lugar donde me he construido un sistema contrario a mí mismo; el permanecer en donde no existen señales externas o medios católicos de comunión. Se dice que un medio de ayuda para personas en mis circunstancias es la Misa diaria, y por ahora la Misa

⁶ LD XI, p. 4.

se celebra únicamente dos veces a la semana en San Clemente, a una distancia de dos o tres millas. Tampoco es una prueba fácil... el asistir en un lugar que parece exteriormente una casa de reunión.

De todos modos, ¿a dónde iría? "¿Compraré una casa para mis libros en el primer pueblo al que llegue?" Además, "fueron tantas las circunstancias providenciales" que lo habían llevado hasta Littlemore que temía mudarse de allí⁷.

A finales de octubre, Newman fue a Oscott College, cerca de Birmingham, para recibir el sacramento de la confirmación y para ver a Nicholas Wiseman, que había sido designado en 1840 como Presidente y coadjutor del Vicario Apostólico del Distrito de Midland, en el que se encontraba situado Oxford. Finalmente se decidió que Wiseman no censuraría las pruebas del libro de Newman sobre el Desarrollo de la Doctrina Cristiana, no solo porque en él se afirmaba que la razón había contribuido a su conversión⁸, sino además porque cualquier revisión eclesiástica arruinaría todo tipo de influencia que el libro pudiera ejercer. Wiseman les ofreció a los conversos de Oxford que utilizaran el viejo edificio de Oscott College, al que Newman dio el nombre de Maryvale. Podría ser "la continuación de Littlemore", "un lugar de refugio", donde "cualquier podía acercarse a mí", como ocurría en Littlemore. Wiseman pensaba en ellos como un grupo de sacerdotes que se dedicaran a la labor apostólica de tipo intelectual, en lugar de una parroquia.

Newman agradecía que tal ofrecimiento les permitiera, "por lo menos, mantenerse unidos". También se percató de que el hecho de permanecer en Littlemore ofendería a los miembros de ambas Iglesias, a pesar de que no serían más que "laicos dedicados a la literatura". "Parece que lo necesario y lo más práctico será, en primer lugar, someternos al sistema existente y esforzarnos por trabajar dentro del mismo". Londres u Oxford podrían ser "un centro" preferible a Birmingham, pero al menos el viejo Oscott podía ser un comienzo, probablemente de una nueva "congregación" religiosa, tal como lo había sugerido el padre Domingo. El lugar era "lúgubre y feo", pero tenía una capilla y suficientes habitaciones como para veinte o treinta personas⁹.

⁷ LD XI, pp. 14, 16–17.

⁸ LD XI, p. 23.

⁹ LD XI, pp. 29–30, 48.



Miembros de Newman's friends international conviviendo en la Newman house de Littlemore: Foto 1: Newman Society, the spiritual family The Work, Amigos de Newman de Argentina; 2: Mons. Fernando Cavaller, habla sobre Newman y los jóvenes, con los muchachos de la ns; Foto 3: Mons. Cavaller y Adrián A. Aguilera A., de la ns; Foto 4: Mons. Cavaller, el P. Juan Ignacio Ibañez y Adrián A. Aguilera A., de la ns., en el centro está el escritorio en el que Newman redactó el ensayo sobre el desarrollo del dogma.

Newman y la educación

SAN JOHN HENRY, EL SANTO DE LA AMISTAD, EL SANTO DE LOS JÓVENES

Interrogado en sus últimos años, por su pequeño sobrino sobre quién era más importante un santo o un cardenal, respondió san John Henry Newman que “un Cardenal es de la tierra; mientras que un santo es del cielo”. Este es un muy buen resumen de su espiritualidad: él vivió con la mirada puesta en las cosas del cielo. La fe de Newman tiene como punto de referencia un Dios personal, las tres personas de la Santísima Trinidad, con las que se sabe llamado a entablar una relación de profunda amistad personal; no se trata de un concepto, ni de un bello ideal, sino de personas reales, de amigos cercanos, un encuentro, un acontecimiento, una presencia: “Así pues, se puede definir a un verdadero cristiano como un hombre que tiene un sentido predominante de la presencia de Dios en él... un verdadero cristiano es el que, en ese sentido, tiene fe en Dios, de manera que vive pensando que Dios está presente en él –presente en el fondo de su corazón–”¹.

Esta es la nota distintiva de la vida de Newman, he aquí el secreto de su santidad: “La existencia de Dios es para mí tan cierta como mi propia existencia... Si no fuera por esa

¹ SAN JOHN HENRY NEWMAN, *Parochial and Plain Sermons* V, 16, 225-226.

voz que habla tan claramente en mi conciencia y en mi corazón, me habría hecho ateo, panteísta o politeísta después de haber contemplado el mundo”². Esta es también la invitación que nos hace a todos nosotros: “Pidámosle, pues, a Dios que nos enseñe el misterio de su presencia en nosotros, a fin de que reconociéndola, podamos por eso mismo poseerla con provecho... Reconozcámoslo como Aquel que reside en nosotros, en la fuente misma de nuestros pensamientos y de nuestros afectos. Sometámonos a su consejo y a su dirección soberana; vengamos a Él a fin de que pueda perdonarnos, lavarnos, cambiarnos, guiarnos y salvarnos”³.

San John Henry nos recuerda hoy a cada uno que “el alma del ser humano está hecha para la contemplación de su Creador, y solo esta elevada contemplación le da la felicidad; no obstante lo que pueda poseer por otra parte, queda insatisfecha hasta que se le conceda la presencia de Dios y viva en esta luz. Solo basta para el corazón, Aquel que lo creó”⁴.

El amor a Cristo y el amor a las almas, especialmente a los jóvenes a cuya educación y formación dedicó todos sus esfuerzos, fue la fuerza dominante en la vida de san John Henry Newman. Como expresó en el lema que adoptó al ser nombrado Cardenal, para él la relación con Dios y la formación de las personas es una cuestión en la que el corazón ha de hablar al corazón. El Cardenal Newman entendía la oración, en línea con la enseñanza de Santa Teresa, como un “hablar de amistad estando muchas veces a solas con Quien sabemos nos ama”⁵. Así comprendía también la relación educativa como una cuestión de confianza y amistad. Sabía reconocer la importancia de establecer un clima de cercanía, familiaridad y confianza, en un ambiente en el que unos a otros se ayuden con su ejemplo, palabra y oración. El clima del diálogo es la amistad.

A los jóvenes san John Henry Newman les dedicó su vida, el creía en los jóvenes y se consagró a su educación, depositando en ellos una inmensa confianza; en su propia experiencia es la juventud el momento de las grandes decisiones, de abrirse a Dios, de entregarse del todo a Él –en su caso a través de la opción por el celibato–. En su juventud supo cultivar tanto su cuerpo como su espíritu, poniendo las bases sobre las que le fue posible construir una vida de entrega y donación. Nunca se contentó con nada que estuviera por debajo de los ideales más altos. Tenía experiencia en las luchas y también en

² SAN JOHN HENRY NEWMAN, *Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas*, 7, 333.

³ SAN JOHN HENRY NEWMAN, *Parochial and Plain Sermons* V, 16, 235-236.

⁴ SAN JOHN HENRY NEWMAN, *Parochial and Plain Sermons* VI, 10, 126-127.

⁵ SANTA TERESA, *Libro de la Vida*, 8–5.

las caídas propias de los años jóvenes. Por eso aprendió la paciencia y la constancia, sin las cuales nada que valga la pena se puede construir. Reflexionando pudo aprender de su propia experiencia y por eso fue capaz de ayudar a muchos jóvenes, a los cuales les atraía muchísimo su personalidad, su fuerza, su entrega, su coherencia a toda prueba. San John Henry Newman fue para los jóvenes un padre, un guía, un hermano, un amigo.

Desde pequeño, pero sobre todo en los años de mayores luchas y esfuerzos, san John Henry había descubierto la amistad como uno de los pilares para la vida: los amigos fueron para él garantía de fidelidad y de fecundidad apostólica. Dotado de una extraordinaria inteligencia, supo también cultivar profundas relaciones de amistad personal, al grado que él mismo llegó a decir que: "Nadie ha tenido tales amigos como yo"⁶. Newman nos enseña que la caridad cristiana no es una disposición genérica y sin contenidos, sino que se realiza y expresa en primer lugar con los que tenemos cerca: "la mejor preparación para amar al mundo en general, y amarlo como es debido sabiamente, es cultivar amistad profunda y el afecto hacia los que tenemos cerca de nosotros... Lo que seamos hacia nuestros amigos (...) eso seremos hacia Dios y hacia los hombres"⁷.

Si quisiéramos resumir en un par de afirmaciones la espiritualidad de san John Henry y su legado podríamos decir que ha hecho realidad las palabras del evangelio: ustedes son mis amigos. Y que supo hacer de la amistad con Jesucristo el centro de su vida, y ver en la fidelidad y caridad hacia sus amigos, el corazón mismo del Evangelio: no hay secretos entre amigos, "a ustedes no los llamo siervos sino amigos, porque les he dado a conocer todo lo que le he oído a mi Padre", dice Jesús en el Evangelio (Jn. 15, 15), la amistad es, por tanto, intimidad, confianza y se nutre del diálogo sincero. El Señor nos enseña además que la comunión de voluntades es la otra cara de la amistad, querer lo mismo y rechazar lo mismo –ídem velle, ídem nolle– era también para los antiguos romanos la auténtica definición de amistad: "ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando" (Jn. 15, 14). Los amigos, o son iguales o se hacen iguales: san John Henry se fue asimilando cada día más a Jesucristo, hizo suyos los mismos sentimientos de Cristo, la pasión por Dios y por la salvación de los hombres; por eso supo ser amigo de las personas, se hizo como san Pablo todo a para todos, a fin de ayudarlos a todos, de manera especial a los jóvenes.

Newman fue una de esas personas a las que se refería el Papa San Pablo VI cuando decía que "la juventud cristiana... no dejará defraudada a la Iglesia si dentro de ella encuentra suficientes personas maduras, capaces de comprenderla, amarla, guiarla y

⁶ Letters and diaries, XXVIII, p. 151.

⁷ Sermones, s. 326, 27-XII-1831; tr. castellana: II, s. 5, p. 67.

abrirle un futuro, transmitiéndole con toda fidelidad la Verdad que no pasa. Entonces ocurrirá que nuevos obreros, resueltos y fervientes, entrarán a su vez a trabajar espiritual y apostólicamente en los campos en sazón para la siega. Entonces sembrador y segador compartirán la misma alegría del Reino (cf. Jn 4,35-36)”⁸.

Pidamos, por intercesión de san John Henry Newman, ser nosotros también, amigos de Dios, amigos entre nosotros, y guías sabios y santos dispuestos a entregar la vida por la formación de los jóvenes –“esclavos del grupo en formación”–.



Miembros de la Newman Society y algunos muchachos del grupo de Cor ad Cor, en Littlemore, durante la peregrinación con ocasión de la Canonización de san John Henry, el 9 de octubre de 2019.

⁸ SAN PABLO VI, *Gaudete et exsultate*, 58.

MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD: LA FORMACIÓN DEL INTELECTO¹

La universidad es un lugar donde se enseña el saber universal, su objetivo, por tanto, es intelectual, no moral, y ese objetivo consiste más en extender y difundir el conocimiento que en hacerlo progresar.

Aunque tal asociación no cambie la naturaleza de la universidad, la Iglesia es necesaria para que la Universidad esté completa, ya que consolida a la Universidad en el cumplimiento de esa tarea... La Verdad es auténtico aliado de la religión, el saber y la razón son ministros seguros de la Fe.

Cuando el Papa sugiere la creación de una Universidad² su principal objetivo es un determinado beneficio que, por medio de la literatura o la ciencia, puede facilitar a sus hijos. No se trata de formación en un sentido restringido o extravagante (...) sino de su crecimiento y ejercitación en ciertos hábitos morales e intelectuales. Exactamente como un capitán desea tener soldados altos, bien formados y vigorosos, no por devoción abstracta hacia los criterios militares de altura o edad, sino para los fines bélicos, y todos piensan que es natural y laudable en él que no considere cualidades abstractas sino hombres vivos y concretos, así también, cuando la Iglesia funda una Universidad no está fomentando el talento, el genio y el saber por sí mismos, sino por el bien de sus hijos, atenta a su bien espiritual y a su influencia religiosa, y con la idea de entrenarlos para cumplir mejor sus tareas en la vida, y hacer de ellos miembros más inteligentes, capaces y activos de la sociedad.

Hay otras instituciones, en cambio, que contemplan primariamente la ciencia en sí misma, y no a los estudiantes (las Academias). Descubrir y enseñar son funciones diferentes. Obedecen también a dones distintos, y generalmente no aparecen unidos en una misma persona. El sentido común de la humanidad ha asociado la búsqueda de la verdad con el aislamiento y la quietud (...) Mientras la enseñanza implica actividad externa, la casa natural del experimento y la especulación es un lugar retirado.

El beneficio que se espera de una universidad es el desarrollo de la inteligencia. Durante este periodo los jóvenes han de emplear un tiempo de la vida que es sumamente importante y muy favorable para la cultura intelectual, adquiriendo así disciplina y desarrollo mental.

¹ NEWMAN, J., *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, Cit., Prólogo, pp. 27-38.

² Se ha de tener presente que estos "Discursos" surgieron con ocasión de la fundación de la Universidad Católica de Irlanda, por ello la alusión a la iniciativa de la Santa Sede para que surgiera esta institución.

La ventaja es, en una palabra, la educación del intelecto. Lo que se desea no son los modos y hábitos de un caballero. Estos pueden adquirirse, y de hecho se adquieren, de otras maneras, como, por ejemplo, estar en buena sociedad, los viajes al extranjero, o la gracia innata y la dignidad de la mente católica. Aquí buscamos la fuerza, la solidez, el estilo abarcante y la versatilidad del intelecto, el dominio sobre nuestras potencias anímicas, la justa estimación instintiva de las cosas que desfilan ante nosotros, que a veces es un don natural, pero que generalmente no se logran sin esfuerzo y el ejercicio de años.

Esta es la auténtica educación de la mente. No niego que las cualidades típicas de un caballero se incluyan en ella. Es un hecho que, de otra parte, no debe avergonzarnos, pues hace tiempo escribo el poeta: "un buen estudio de las ciencias civiliza las costumbres"³. Es cierto que una educación superior se manifiesta en cortesía, decoro y elegancia de palabras y acciones, que resultan bellas en sí mismas y estimados por los demás; pero hace mucho más. Pone la mente en forma. Porque la mente es como el cuerpo. Los jóvenes exceden al crecer su figura y su fuerza. Hay que conjuntar los miembros, y dar a su constitución física el equilibrio que necesita. Confundiendo el impulso animal con el vigor, confiados excesivamente en su salud, e ignorantes de lo que pueden resistir y de cómo deben manejarse, los jóvenes tienden a ser inmoderados y extravagantes, y a caer en agudos malestares. Todo esto es una imagen de sus mentes. Carecen inicialmente de principios sobre cuya base construir su intelecto, de convicciones que les ayuden a juzgar, y de capacidad para captar las consecuencias de ideas y de acciones. Hablan, por tanto, a tontas y a locas, cuando hablan mucho, y no pueden evitar ser ligeros, o, como se dice, "jóvenes". Son meramente deslumbrados por los fenómenos y las apariencias, en vez de percibir las cosas tal como son.

Bueno sería que nadie permaneciera un adolescente toda su vida y, sin embargo, nada hay más común que el espectáculo de hombres crecidos, que hablan de asuntos políticos, morales y religiosos, y lo hacen de ese modo improvisado y necio que llamamos irreal. "Sencillamente no saben de qué hablan" suele ser la observación silenciosa de cualquier persona sensata que les escucha. Esos hombres no tienen dificultad alguna en contradecirse a sí mismos en frases sucesivas, sin ser conscientes de ello. De ahí que otros, cuyos defectos de educación intelectual son menos patentes, exhiban desafortunadas manías que les privan de la influencia que sus buenas cualidades deberían procurarles. De ahí también que otros nunca vean claramente lo que tienen delante, jamás adviertan el punto decisivo, y crean no tener dificultades en los temas más delicados. Otros se

³ Ovidio, Cartas del Ponto II, 9.

muestran tercamente obstinados y llenos de prejuicios, y después de que sus opiniones se han visto rebatidas, vuelven a ellas como si nada hubiera ocurrido, y sin dar explicación alguna. Otros son tan intemperantes e intratables, que no existe mayor calamidad para una buena causa como el hecho de que ellos la defiendan.

Cuando el intelecto ha sido debidamente entrenado y formado para lograr una visión coherente de las cosas, desplegará sus energías con mayor o menor eficacia, según su capacidad en el individuo. En el caso de la mayoría de los hombres se suele manifestar en el buen sentido, la sobriedad de pensamiento, el tono razonable, la sencillez, el autodomínio y la firmeza de concepciones que lo caracterizan. En otras palabras habrá desarrollado hábitos de diligencia, capacidad de influir, y sagacidad. En otros producirá un talento para la especulación, y llevará su mente a sobresalir en algún determinado terreno intelectual. En todos será un don para entrar con relativa facilidad en cualquier tema de pensamiento y abordar con éxito cualquier ciencia o profesión. Será y hará esto en alguna medida, aun cuando la formación mental se realice según un modelo solo parcialmente verdadero; porque, en lo que a eficacia se refiere, incluso falsas visiones sobre las cosas poseen más influencia e inspiran más respeto que ninguna visión en absoluto. Los hombres que creen ver lo que no existe, son más activos y se hacen un camino mejor que quienes no ven nada, y de ese modo el incrédulo, el fanático, el heresiarca llegan a realizar muchas cosas, mientras que el simple cristiano por herencia, que nunca ha llegado a percibir realmente las verdades que cree, es incapaz de hacer nada. Pero si la coherencia de una visión determinada de las cosas puede conferir tanta fuerza incluso al error, qué no podrá proporcionar la dignidad, la energía y el influjo de la Verdad!

¿Se trata acaso de poseer "abundancia de visiones de realidad? ¿Basta con que los alumnos adquieran "brillantes ideas generales" sobre todas las cosas? No, de ninguna manera ha de tratarse de un indisciplinado ir de un lado para otro. Habría que entender adecuadamente el verdadero modo de educar. El primer paso del entrenamiento intelectual consiste en inculcar en la mente de un joven las ideas de la ciencia, método, orden, principio y sistema, así como regla y excepción, de riqueza y armonía. Si el joven estudiante adquiere este hábito de método, de comenzar a partir de puntos bien establecidos, de consolidar su terreno a medida que avanza, de distinguir lo que sabe de lo que no sabe, entiendo que se iniciará gradualmente en las más amplias y verdaderas perspectivas filosóficas, y no sentirá sino impaciencia y disgusto hacia las teorías improvisadas, los aparatosos sofismas, y las desconcertantes paradojas que arrastran a los intelectos superficiales y educados a medias.

Estas ingeniosidad coloridas son uno de los principales males de la época, y hay hombres de verdadero talento que no se han negado a rendirles culto. Un intelectual tal como hoy se le concibe, es una persona llena de opiniones sobre todos los temas y sobre todas las cuestiones actuales. Se considera casi una desgracia carecer de opinión propia, formulada en el momento, sobre todo asunto desde el credo de los Adventistas hasta el Cólera o el Mesmerismo... Se trata de una "filosofía improvisada" que es casi una exigencia de nuestro tiempo. La gente -y particularmente los escritores- se ven en la ineludible obligación e improvisar sus lúcidas opiniones, cruciales ideas, y verdades resumidas para la mesa del desayuno. Existe hoy una demanda de irresponsable originalidad de pensamiento y de cegadora plausibilidad de argumentación, es una demanda de cruda teoría y de filosofía caduca, mejor que de ninguna. Es una especie de repetición del "Quid novi" del Areópago, y debe tener respuesta. Hay que encontrar los hombres que puedan tratar, donde y cuando sea necesario, como el sofista ateniense, de todo lo conocido: "gramático, orador, geómetra, pintor, campeón de lucha, augur, saltimbanqui, médico, astrólogo, todo lo conoce"⁴.

Es digno de compasión quien se ve sometido al malestar que estas exigencias provocan, malestar que se traduce en tensión y desgaste de la mente: ¿Cómo será el esfuerzo de aquellos cuyos intelectos tienen que exhibirse diariamente ante el público con todas sus galas, con un vestido nuevo y diferente, tejido -como hace el gusano de seda- de sí mismo. Pero por mucha compasión que sintamos, no podemos honestamente cerrar los ojos al mal directo que causan.

La autoridad que en otros tiempos se alojaba en las universidades reside ahora principalmente en ese mundo literario al que me he referido⁵. Lo cual no es satisfactorio, si la enseñanza que proviene de ese mundo es tan improvisada, ambiciosa y mudable. La seriedad de esta lamentable situación aumenta por el hecho de que una gran parte de esos escritores son anónimos, pues el poder irresponsable no puede ser sino un gran mal. Resulta, además, que aunque sean conocidos, no pueden ofrecer mejor garantía de la verdad de sus principios, que su popularidad en el momento, y su alegre conformismo en el tono ético con la sociedad que los admira.

A nosotros concierne, al menos, que nuestros tribunales literarios y oráculos de deber moral presenten carácter más sólido. Debería preocuparnos mucho que nuestros

⁴ Juvenal, Sátiras, III, 76-7.

⁵ Las publicaciones periódicas producto de la insaciable necesidad de novedades, resumidas y accesibles a todo público, a ellas ha hecho referencia en los últimos tres párrafos.

estudiantes aprendan una sabiduría libre de excesos y fantasías individuales, que se encarne en instituciones que han resistido la prueba y recibido la sanción de siglos, y que sea administrada por hombres que no necesitan ser anónimos, por estar apoyados en la coherencia mutua y con sus predecesores.



Algunas vistas de la Universidad de Oxford

SAN JOHN HENRY Y LOS ÚLTIMOS PAPAS

En la homilía de la Misa de la canonización de san John Henry Newman el Santo Padre Francisco habló de “la santidad de lo cotidiano, a la que se refiere el santo Cardenal Newman cuando dice: «El cristiano tiene una paz profunda, silenciosa y escondida que el mundo no ve. [...] El cristiano es alegre, sencillo, amable, dulce, cortés, sincero, sin pretensiones, [...] con tan pocas cosas inusuales o llamativas en su porte que a primera vista fácilmente se diría que es un hombre corriente» (Parochial and Plain Sermons, V,5)”¹.

En la misma homilía, el Papa Francisco invitó a todos a hacer una súplica confiada: “Pidamos ser así, «luces amables» en medio de la oscuridad del mundo. Jesús, «quédate con nosotros y así comenzaremos a brillar como brillas Tú; a brillar para servir de luz a los demás» (Meditations on Christian Doctrine, VII,3). Aunque ya en vida Newman fue tenido por un santo, él siempre fue un hombre inmerso en Dios e inmerso en las cosas ordinarias

de su vida, comprometido con su entorno y con su tiempo: uno de esos santos de la puerta del lado, de los que habla el Papa Francisco².



De hecho, la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* nos presenta algunos de los rasgos más sobresalientes de la santidad que vivió san John Henry. Cuando el Santo Padre Francisco presenta, por ejemplo, las notas que han de distinguir en nuestro tiempo a quienes buscan la santidad, casi podemos reconocer una especie de fisonomía espiritual del santo Cardenal Newman: aguante, paciencia y mansedumbre (nn. 112–121); alegría y sentido del humor (nn. 122–128); audacia y fervor (nn. 129–139); una vida en comunidad (nn. 140–146); en oración constante (nn. 147–157).

¹ Francisco, “Invocar, caminar, agradecer”, Homilía de la Misa de Canonización, Plaza de San Pedro, Roma, 13-X-2019.

² Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, 7.



Joseph Ratzinger – Benedicto XVI

No hace falta mucho esfuerzo para advertir el vínculo que existe entre el pensamiento del Papa Benedicto XVI con el del santo cardenal Newman. Los biógrafos y estudiosos del Papa alemán presentan siempre a Newman como uno de los “grandes maestros” de Joseph Ratzinger³.

Antes de su elección a la Sede de Pedro, el Cardenal Ratzinger tuvo ocasión de confesar muchas veces la enorme influencia que recibió de esta eminente figura del catolicismo inglés del siglo XIX. Pero fue durante su histórica visita al Reino Unido entre los días 16 y 19 de septiembre de 2010, en los que se pudo palpar el cariño, la admiración y la devoción intelectual del Papa alemán hacia uno de los más famosos conversos de todos los tiempos. El momento más significativo de esa visita fue la Ceremonia de Beatificación del Cardenal Newman en el Cofton Park de Birmingham, que tuvo lugar en la última jornada del Vicario de Cristo en aquella nación, el domingo 19 de septiembre de 2010.

Anticipándose proféticamente a la definición por parte de la Iglesia, Joseph Ratzinger – Benedicto XVI nunca ha mostrado reparo en calificar a san John Henry como “doctor de la

³ Véase, por ejemplo: Blanco, P., *Benedicto XVI, el Papa alemán*, Planeta, 2011, pp. 107-108; Blanco, P., *La teología de Joseph Ratzinger. Una introducción*, Palabra, Madrid, 2011, pp. 18-19; Banco, P., *Joseph Ratzinger - Benedicto XVI. Un mapa de sus ideas*, BAC, Madrid, 2012, p. 9.

Iglesia", como tampoco de llamarlo "padre espiritual del Concilio Vaticano II". "Como ustedes saben –dijo el Papa en la Vigilia de Oración en Hyde Park– durante mucho tiempo, Newman ha ejercido una importante influencia en mi vida y pensamiento"⁴.

En la rueda de prensa concedida a los periodistas en esa ocasión, Benedicto XVI subrayó tres elementos que resaltan en la figura del Cardenal Newman y le dan una grandeza excepcional: la modernidad de su existencia, su gran cultura que le hace estar siempre en búsqueda –búsqueda que, en él, coincidió con un proceso continuo de conversión– y, finalmente, una profunda vida espiritual:

Newman es, sobre todo, un hombre moderno, que vivió todo el problema de la modernidad (...) Un hombre que estuvo toda su vida en camino, por el camino de dejarse transformar por la verdad en una búsqueda de gran sinceridad y de gran disponibilidad, para conocer mejor y para encontrar y aceptar el camino a la verdadera vida (...). La suya no es una fe en fórmulas de un tiempo pasado: es una fe personalísima, vivida, sufrida, encontrada en un largo camino de renovación y de conversiones. Es un hombre de gran cultura. Un hombre que, por otro lado, con su gran conocimiento de los Padres de la Iglesia, estudió y renovó la génesis interior de la fe y reconoció así su figura y construcción interior. Es un hombre de gran espiritualidad, de gran humanismo; un hombre de oración, de una relación profunda con Dios y de una relación personal, y por ello de una relación profunda con los demás hombres de su tiempo y del nuestro⁵.

Cuando tuvo ocasión de ponderar su viaje a Reino Unido, el Papa habló de san John Henry como "uno de los ingleses más grandes de los tiempos recientes, insigne teólogo y hombre de Iglesia (...) quise volver a proponer la luminosa figura del cardenal Newman, intelectual y creyente", y también: "el beato John Henry Newman, cuya figura y escritor conservan aún una actualidad extraordinaria, merece ser considerado por todos"⁶.

En sus intervenciones sobre Newman, cuando Ratzinger era el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe destacaba los siguientes elementos: a) la racionalidad propia del conocimiento religioso –un concepto "amplio" de racionalidad abierto a sus distintas dimensiones–; b) la enseñanza sobre el desarrollo del dogma y, c) la doctrina sobre la conciencia. A estos dos últimos temas se refirió Ratzinger como "la contribución más decisiva [de Newman] a la renovación de la teología", en una

⁴ Benedicto XVI, *Discursos en el Reino Unido*, BAC, Madrid, 2010, p. 61.

⁵ *Ib.*, p. 7.

⁶ *Ib.*, p. 81, 85 y 87.

intervención del 28 de abril de 1990 durante un Congreso organizado con ocasión de la celebración del primer Centenario de la muerte de Newman⁷.

La referencia a la doctrina de la conciencia y a Newman como un "hombre de conciencia" es quizá uno de los aspectos más conocidos –casi de dominio público– que Ratzinger – Benedicto XVI ha destacado. En un discurso conocido como "El brindis del Cardenal", tuvo ocasión de resumir la doctrina del escritor inglés sobre el primado de la conciencia, que se basa en el primado de la Verdad. Este texto ha sido recogido recientemente en varias publicaciones⁸. Benedicto XVI tuvo ocasión de volver sobre la enseñanza de Newman respecto a la conciencia con motivo del saludo anual a la Curia Romana en la Navidad de 2010, al hacer un repaso de los principales acontecimientos eclesiales de ese año volvió a afirmar que el primado de la conciencia en la propuesta de aquel autor obedece al primado de la verdad⁹.

Llama la atención que entre las muchas referencias que a él hiciera en los años previos al pontificado, no se haya detenido –más aún, que casi brille por su ausencia– en el tema del que dice Newman refiriéndose a sí mismo "ha ocupado siempre mi mente", y del que asegura que aunque haya tomado parte en discusiones teológicas, sin embargo, "la tendencia natural de mi mente me lleva hacia líneas de pensamiento"¹⁰ relacionadas con el tema de la educación. La naturaleza eminentemente teológica y la intención de valorar los aportes a la teología de Newman, explican el poco espacio dedicado al tema de la educación en aquellas intervenciones del Cardenal Ratzinger.

En la ceremonia de Beatificación del Cardenal John Henry Newman, el Papa encontró la ocasión para destacar aquellos que considera los elementos esenciales del legado del fundador del Oratorio inglés, se refirió a la importancia y actualidad de sus aportes relacionados con el modo como hoy se entiende la naturaleza y misión de la Universidad. Vale la pena tener en cuenta que al igual que Newman, también Joseph Ratzinger dedicó sus años de juventud a la universidad, siendo profesor de teología en Frisinga, Bonn,

⁷ Cf. Ratzinger, J., *Presentación a cargo de su eminencia el cardenal Joseph Ratzinger con ocasión del primer centenario de la muerte del Cardenal Newman*, en: Newman, J., *Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas*, Ciudadela, Madrid, 2009, pp. 9-14.

⁸ Ratzinger, J., *Ser cristiano en la era neopagana*, Encuentro, Madrid, 2006, pp. 29-50; Ratzinger, J. - Benedicto XVI, *Elogio de la conciencia. La Verdad interroga al corazón*, Palabra, Madrid, 2010, pp. 9-36.

⁹ Benedicto XVI, *Discurso del Santo Padre a la Curia Romana para el intercambio de felicitaciones con ocasión de la Navidad*, 20-XII-2010.

¹⁰ Newman, J., *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, Eunsá, Pamplona, 2011, p. 39 y 41.

Münster, Tubinga y Ratisbona, de la que llegaría a ser decano de la facultad de teología y vicerrector de toda la universidad:

Me gustaría rendir especial homenaje a su visión de la educación, que ha hecho tanto por formar el ethos que es la fuerza motriz de las escuelas y facultades católicas actuales. Firmemente contrario a cualquier enfoque reducido o utilitarista, buscó lograr unas condiciones educativas en las que se unificaran el esfuerzo intelectual, la disciplina moral y el compromiso religioso. El proyecto de fundar una Universidad católica en Irlanda le brindó la oportunidad de desarrollar sus ideas al respecto, y la colección de discursos que publicó con el título *La idea de una Universidad* sostiene un ideal mediante el cual todos los que están inmersos en la formación académica pueden seguir aprendiendo¹¹.



Newman y Ratzinger: en el Seminario de Frisinga

Una indicación del entonces Cardenal Ratzinger en sus escritos autobiográficos titulados "Mi vida"¹², escrito en 1977, puede servir para conocer cómo se originó la relación entre él y san John Henry Newman. Narra cómo, después del drama de la guerra (1939-1945), y habiendo sido obligado a prestar el servicio militar, por fin en las navidades de 1945

¹¹ *Discursos en Reino Unido*, cit., p. 70.

¹² Ratzinger, J., *Mi vida*, Encuentro, Madrid, 2006.

podieron recomenzar los estudios eclesiásticos ocupando las áreas que habían quedado habitables del seminario de Frisinga,

Se reveló importante el hecho de que como prefecto de la sala de estudio (no había habitaciones privadas) fuese designado un teólogo que hacía poco había vuelto tras estar prisionero de los ingleses: Alfred Läßle, quien después ejerció como pedagogo en Salzburgo y que se hizo célebre como uno de los más fecundos escritores religiosos de nuestro tiempo. Ya antes de la guerra había comenzado a trabajar en una tesis en teología sobre la idea de conciencia en el cardenal Newman con Theodor Steinbüchel, que entonces enseñaba teología moral en Munich; su presencia se reveló para nosotros particularmente estimulante gracias a la amplitud de sus conocimientos de historia de la filosofía y a su gusto por el debate¹³.

Läßle recuerda la amistad entre él y el joven seminarista bávaro comenzó con una pregunta que éste le planteó. Fue el comienzo de muchas charlas y de muchos trabajos juntos. Y respecto a los años posteriores afirma que nunca se perdieron de vista del todo y que si tenían algo que decirse, se llamaban por teléfono. Se escribían también con frecuencia. En los años de Frisinga salían a pasear por el bosque o a la orilla del río Isar y conversaban sobre cuestiones personales lo mismo que sobre diversos temas académicos¹⁴. En una carta de 1995 Ratzinger escribió a Läßle: "Tú me abriste los ojos a la filosofía (...) Me has conducido al conocimiento por las fuentes. Estuviste en el principio de mi camino filosófico-teológico, y lo que me enseñaste no ha sido en vano"¹⁵. Ratzinger, por su parte, recuerda que Newman siempre estaba presente en sus conversaciones¹⁶ y de nuevo Alfred Läßle precisa que "Newman no era entre nosotros solo un tema, Newman era nuestra pasión"¹⁷

El Cardenal Ratzinger nos revela algunos detalles más sobre "su camino hacia Newman", nos cuenta cómo influyó en él y cómo se explica "la presencia de este gran teólogo inglés en las luchas intelectuales y espirituales de nuestro tiempo"¹⁸:

¹³ Íb., p. 88.

¹⁴ Blanco, *Benedicto XVI. El Papa alemán*, cit.

¹⁵ Blanco, *La teología de Joseph Ratzinger*, cit., p. 18.

¹⁶ Ratzinger, J; *Presentación a cargo de su eminencia el cardenal Joseph Ratzinger con ocasión del primer centenario de la muerte del Cardenal Newman*, cit., p. 9.

¹⁷ Aroztegui, Aroztegui Esnaloa, M., *El desarrollo del dogma a través de la historia. Newman, Ratzinger y la Tradición viva*; en: *Alfa y Omega. Seminario católico de información*, n. 829 (18 de abril de 2013), Madrid, p. 32.

¹⁸ Ratzinger, J; *Presentación a cargo de su eminencia el cardenal Joseph Ratzinger con ocasión del primer centenario de la muerte del Cardenal Newman*, cit., p. 9.

En enero de 1946, cuando empecé a estudiar Teología en el seminario de Freising, que por fin había vuelto a abrir sus puertas después de la confusión de la guerra, un estudiante mayor que yo fue nombrado prefecto de nuestro grupo, que había empezado a trabajar en una disertación sobre la teología de la conciencia de Newman, antes incluso del comienzo de la guerra. En todos los años de su servicio militar, no había perdido contacto con este tema, al que ahora volvía con renovado entusiasmo y energía. Pronto quedamos cautivados por una amistad personal, totalmente centrados en los problemas de la filosofía y la teología. Desde luego, Newman estaba siempre presente. Alfred Läßle, así se llamaba el prefecto que acabo de mencionar, publicó su disertación en 1952 con este título: *Der Einzelne in der Kirche (El individuo en la Iglesia)*¹⁹

La tesis de Läßle "El individuo en la Iglesia. Rasgos esenciales de una teología del individuo según John Henry Newman", sería publicada en 1952. Después de haber experimentado la pretensión de un partido totalitario que se concebía a sí mismo como plenitud de la historia, y que negaba la libertad de conciencia de los individuos –uno de los generales del ejército nazi había dicho respecto a sí mismo "yo no tengo conciencia, mi conciencia es Adolf Hitler"²⁰–, y con la terrible devastación de la humanidad que había venido delante de los ojos, resultaba totalmente liberador para aquellos jóvenes que reemprendían los estudios el hecho patente de que "el 'nosotros' de la Iglesia no



¹⁹ Íb., pp. 9–10.

²⁰ Íb., p. 10; véase también Blanco, *Benedicto XVI, el Papa alemán*, cit., p. 117

descansara en la liquidación de la conciencia, sino que, justo al contrario, solo puede desarrollarse desde la conciencia"²¹.

"Para nosotros -dice el teólogo alemán- la enseñanza de Newman sobre la conciencia llegó a ser una base importante del personalísimo teológico (...)" Y continúa: "nuestra imagen del ser humano, al igual que nuestra imagen de la Iglesia, quedaba penetrada por este punto de partida"²². Ratzinger piensa que en Newman el sujeto encuentra una atención que no había recibido "en el ámbito de la teología católica, quizá desde tiempos de San Agustín"²³. Esta enseñanza sobre la conciencia llegó a ser cada vez más importante para el Papa, en los desarrollos sucesivos de la Iglesia y del mundo. Hay que volver al hilo biográfico para ver todavía más la influencia de Newman en los estudios de teología de Ratzinger:

Cuando proseguí mis estudios en Múnich el año 1947, me encontré con un buen lector y entusiasta seguidor de Newman en el teólogo de Fundamental, Gottlieb Söhngen, que fue mi verdadero maestro de teología. Él nos inició en *Grammar of Assent*, y, al hacerlo, a una forma o manera especial de certeza en el conocimiento religioso. Más profunda todavía fue para mí la contribución que publicó Heinrich Fries con motivo del jubileo de Calcedonia. Allí encontré acceso a la enseñanza de Newman sobre el desarrollo de la doctrina, que yo contemplo, junto a su doctrina sobre la conciencia, como su contribución más decisiva a la renovación de la teología²⁴.

Esta claro que el concepto de desarrollo tuvo mucho que ver en la conversión de Newman al catolicismo, en su caso no se trató solo de unas ideas que descubrió, sino que el tema tiene muchísimo que ver con su propia biografía: "vivir es cambiar, y ser perfecto es haber cambiado con frecuencia", escribió, y en su juventud había tomado casi como estribillo aquella frase de Scott "el crecimiento es la única señal de vida"²⁵. En efecto, Newman fue durante toda su vida una persona en proceso de conversión. Esto lo asemeja en cierto sentido, según Ratzinger, con otra figura a la que él admira y considera siempre su maestro de vida, San Agustín: "en este punto viene a mi mente la figura de San Agustín, con el que Newman estaba tan unido", como el Cardenal inglés y a diferencia de lo que pensaban los neoplatónicos, el Obispo de Hipona "tuvo que aprender que ser cristiano es

²¹ Íb.

²² Íb.

²³ *Ser cristiano en la era neopagana*, cit., p. 39.

²⁴ Ratzinger, J; *Presentación a cargo de su eminencia el cardenal Joseph Ratzinger con ocasión del primer centenario de la muerte del Cardenal Newman*, cit., p. 12

²⁵ Newman, J., *Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas*, BAC, Madrid, 2011, p. 6.

siempre un viaje difícil lleno de alturas y profundidades. La imagen el ascensus queda cambiada por la del iter"²⁶.

De Newman Ratzinger aprendió también a comprender la doctrina del primado del Papa:

la libertad de conciencia -así nos enseñaba Newman- no se identificaba en absoluto con suprimir la conciencia, ignorar al legislador y al juez, y ser independientes de los invisibles deberes. De modo que la conciencia, en su verdadero significado, es el verdadero fundamento de la autoridad del Papa"²⁷.

Éste es, a grandes rasgos, el camino de Benedicto XVI hacia Newman. Un camino que ha resultado muy fructífero, y que es una clave que nos permite casi comprender el secreto mismo de la vida de Benedicto XVI. Casi se podrían interpretar en clave "newmaniana", por así decirlo, algunas de las decisiones por las pasará a la historia el Papa Ratzinger. ¿Cómo no leer, por ejemplo, la renuncia a la sede de Pedro en relación con lo que tantas veces él mismo enseñó respecto a la fidelidad a la conciencia? La mente se va casi espontáneamente a lo que algún día comentara refiriéndose a Newman:

La conciencia no significa para Newman que el sujeto es el criterio decisivo frente a las pretensiones de la autoridad (...). Más bien la conciencia significa la presencia perceptible e imperiosa de la voz de la verdad dentro del sujeto mismo; la conciencia es la superación de la mera subjetividad en el encuentro entre la interioridad del hombre y la verdad procedente de Dios (...). Por lo tanto, diría que cuando hablamos de un hombre de conciencia, nos referimos a alguien de las citadas disposiciones interiores. Es aquel que, si el precio es la renuncia a la verdad, nunca comprará el consenso, el bienestar, el éxito, la consideración social, la aprobación de la opinión dominante²⁸.

Pio XII, san Pablo VI y san Juan Pablo II

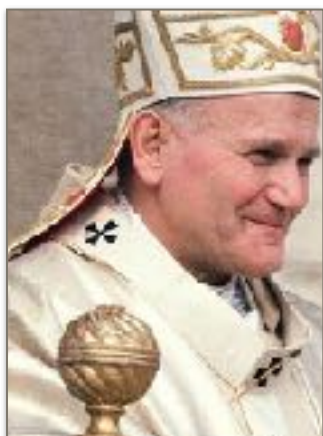
Podemos considerar a Newman uno de los impulsores de la gran renovación teológica que ha precedido, acompañado y seguido al Concilio Vaticano II. En tiempos del Concilio y en los decenios posteriores al mismo se ha hablado de Newman como el "padre ausente del Vaticano II"²⁹. Para valorar un poco la magnitud de su aporte podríamos preguntarnos ¿qué han dicho sobre Newman algunos de los grandes papas del siglo XX?

²⁶ ²⁶ Ratzinger, J; *Presentación a cargo de su eminencia el cardenal Joseph Ratzinger con ocasión del primer centenario de la muerte del Cardenal Newman*, cit., p. 13

²⁷ Íb., p. 10.

²⁸ *Ser cristiano en la era neopagana*, cit.; *Elogio de la conciencia*, cit., p. 22.

²⁹ A propósito de la huella "newmaniana" en el desarrollo y en los documentos conciliares vale la pena referir el estudio publicado recientemente por Ian Ker: *Newman on Vatican II*, Oxford University Press, New York, 2014.



Jean Guitton revela una conversación sostenida con Pío XII en la que salió a relucir la figura de Newman, ante la insinuación del interlocutor respondió el Papa con un “no lo dude usted: Newman será un día Doctor de la Iglesia”³⁰. Cuando se acercaba el año de 1945 el Papa Pacelli insistió en la importancia de celebrar debidamente el Centenario de la conversión de Newman al catolicismo, acontecida un 9 de octubre de 1845.

Respecto a la opinión del Papa Montini sobre la influencia de Newman en el Concilio, el mismo Guitton refiere la opinión del pontífice según la cual

Newman está presente en el Concilio de muchas maneras, por su idea del laicado, de la Tradición en las relaciones con la Escritura, del episcopado orgánico, de la Iglesia mística. Incluso se puede decir que la idea del concilio es newmaniana: la Iglesia debe reformarse sin cesar, para guardar su identidad en el tiempo, para readaptarse. mañana la Iglesia será aún más newmaniana, pues tendrá que tomar conciencia de la identidad profunda entre la Iglesia después del Concilio y la de antes del Concilio y de todos los tiempos (...) Este concilio ha tenido una mirada diferente: pastoral ante todo, cordial, comunicativo, en busca del diálogo de la Iglesia con el mundo, en busca de la aplicación, de la resonancia más que del razonamiento, y, me atrevo a decir: del ministerio más que del magisterio (...) Se podría decir que el Concilio, aun hablando con la autoridad soberana, habla al corazón”³¹

Es muy conocido el amor y la devoción personal de Pablo VI hacia Newman, a quien consideraba una especie de mártir del espíritu:

De Newman lo que atrae es la persona, lo que seduce, lo que no permite que se le olvide. Newman, ¿cómo decirlo?, es un autor autobiográfico. Cuando habla de sí mismo, nos habla de nosotros. Alcanza el ser entero, a la vez el espíritu y el corazón: todo vibra, todo se despierta a la vez (...) Newman es grande. para ir hasta el extremo de lo que él juzgaba la Verdad, quiero decir, la Verdad absoluta, la Verdad integral, Newman renunció en medio de su vida, a lo que es más que

³⁰ Guitton, J., *Diálogos con Pablo VI*, Encuentro, Madrid, 2014, p. 152.

³¹ *Íb.*, pp. 150-151.

la vida: renunció a la Iglesia de Inglaterra, no para separarse de ella, sino para llevarla a cumplimiento (...). La conciencia impulsaba a Newman a un testimonio absoluto, muy cercano al martirio...³²

El 17 de noviembre de 1964, Pablo VI, después de expresar su deseo de entrega total, revela la sensación que tenía de que no le quedaba tiempo para hacer grandes proyectos, sino que "su espiritualidad es la de la confianza absoluta, como Newman", a quien considera heroico "primero por su conversión, luego en su soledad, tras su conversión. Porque en Roma fue humillado, incomprendido. 'Y se quedó callado'"³³. Pablo VI alimentaba la esperanza de poder presidir la Beatificación de Newman en el Año Santo de 1975, cosa que no fue posible.

En enero de 1991 el Papa Juan Pablo II declaró que John Henry Newman había vivido las virtudes cristianas en grado heroico acto mediante el cual le concedía el título de Venerable. El Papa polaco consideraba a Newman un "guía seguro y elocuente en nuestra perplejidad" e invitaba a "dar gracias a Dios por el don de John Henry Newman" y a pedir para que "sea también un poderoso intercesor en todas nuestras necesidades ante el trono de la gracia. Oremos para que pronto la Iglesia pueda proclamar oficial y públicamente la santidad ejemplar del Cardenal John Henry Newman"; para el Papa, el cardenal inglés, debía ser considerado "uno de los paladines más distinguidos y versátiles de la espiritualidad inglesa"³⁴. La encíclica *Fides et Ratio*, en el número 74, propuso entre otros ilustres personajes, también a Newman como modelo del diálogo entre la fe y la razón³⁵. A Newman se le cita en *Veritatis Splendor*, y es evidente que los números de la misma encíclica, relativos a la forma correcta de interpretar la conciencia, hacen referencia al pensamiento de este importante "doctor de la conciencia", como lo hace también *Gaudium et Spes* a la que Juan Pablo II se refiere continuamente³⁶. Por último, también resulta muy significativo que en el Catecismo de la Iglesia Católica³⁷, ofrecido por Juan Pablo II a la Iglesia y redactado por una comisión presidida por el Cardenal Ratzinger, se cite a Newman cuatro veces y mientras que no se cita a ningún otro autor posterior a San Alfonso María de Liguori. Estos testimonios nos hacen ver la importancia de sus enseñanzas.

³² Íb.

³³ Guitton, J., *Pablo VI secreto*, Encuentro, Madrid, 2015, p. 64.

³⁴ Juan Pablo II, *Carta al arzobispo Vincent Nichols con ocasión del II centenario del nacimiento del Cardenal Newman*, 22-I-2001.

³⁵ *Encíclicas del Beato Juan Pablo II*, Edibesa, Madrid, 2011, p. 1594.

³⁶ Íb., pp. 1043, 1074-1087, nn. 34, 54-65.

³⁷ *Catechism of the Catholic Church*, Libreria Editrice Vaticana, Washington, DC, 2013, nn. 157, 1723, 1778, 2144.



Maestro del espíritu

UN CAMINO CORTO A LA PERFECCIÓN¹

Según la opinión de muchas personas santas, si queremos ser perfectos, no tenemos que hacer más que realizar bien las obligaciones normales de cada día. Este es el camino más directo hacia la perfección. Es el más corto, no porque sea fácil, sino porque es el más adecuado y fácil de comprender. No existe propiamente algo así como un “camino corto” para alcanzar la perfección, pero sí hay un “camino seguro”. Creo que esta es una enseñanza que puede ser muy práctica para personas como nosotros. Es fácil tener ideas vagas de lo que es la perfección, y eso es quizá suficiente para hablar de la santidad cuando no se aspira sinceramente a conquistarla. Pero, tan pronto, como una persona desea y se pone realmente a buscarla, no se satisface con cualquier cosa, sino con lo que es tangible y claro, con lo que constituye algún tipo de dirección hacia la práctica de la misma.

Debemos tener en mente lo que se entiende por perfección. No significa ningún servicio extraordinario, algo fuera de lo común o especialmente heroico. No todos tiene la oportunidad de realizar o soportar sufrimientos heroicos. Significa lo que la palabra perfección supone ordinariamente: lo que es completo, consistente, bueno, lo opuesto a lo imperfecto, lo que no tiene defecto. Así como sabemos bien lo que es imperfecto en el culto religioso, sabemos por contraste lo que se entiende por perfección.

Es perfecto, pues, aquel que hace perfectamente el trabajo del día, y no necesita ir más allá de esto para buscar la perfección. No necesitas salirte de la rutina del día. Insisto en esto, porque pienso que simplificará nuestras miras y que fijará nuestros esfuerzos en una meta definida.

Si me preguntas qué debes hacer en orden a ser perfecto, digo; primero, no te quedes en la cama más allá del debido tiempo para levantarse, ofrece tus primeros pensamientos a Dios, has una buena visita al Santísimo Sacramento, di el Ángelus devotamente, come y bebe a la gloria de Dios, reza bien el Rosario, se recogido, guárdate de los malos pensamientos, has bien la meditación de la tarde, examínate diariamente, vete a la cama a tiempo y serás perfecto.

¹ *Meditations and devotions of the late Cardinal Newman*, edited by Rev. W. P. Neville, Part. II, Longsman, Green, and Co, New York, 1907, pp. 285–286, Traducción de The Newman Society.

LA SANTIDAD, NECESARIA PARA LA FELICIDAD ETERNA²

“La santidad, sin la cual nadie puede ver a Dios” (Hb. 12, 14).

En este texto ha parecido bien al Espíritu Santo transmitir una verdad principal de nuestra religión en pocas palabras. Esta circunstancia la hace especialmente impresionante. Porque la misma verdad se recoge de un modo o de otro en todas las partes de la Escritura. Se nos dice una y otra vez que hacer santas a criaturas pecadoras fue el gran objetivo que nuestro Ser tenía a la vista cuando tomó nuestra naturaleza, de modo que en el último día nadie sino el santo será aceptado en su nombre.

Toda la historia de la Redención, el pacto de la misericordia en todos sus puntos y disposiciones atestigua la necesidad de la santidad para la salvación; igualmente lo hace, por supuesto, el testimonio de nuestra misma conciencia natural. Pero lo que en lugares diversos se halla implícito en la historia y es ordenado por un precepto, en el texto de Hebreos se formula doctrinalmente como un hecho decisivo y necesario, resultado de una ley sobrecogedora e irreversible contenida en la naturaleza misma de las cosas, y determinación inescrutable de la voluntad divina.

Ahora bien, uno podría preguntar: ¿por qué es la santidad una calificación necesaria para que nuestro ser sea recibido en el cielo? ¿Por qué es que la Biblia nos manda tan estrictamente amar, temer y obedecer a Dios, ser justos, honestos, mansos, puros de corazón, clementes, inclinados al cielo, negados a nosotros mismos, humildes y resignados? El hombre es confesadamente débil y corrupto: ¿por qué se le manda entonces ser tan religioso, tan nada mundano?; ¿por qué se le pide, en el fuerte lenguaje de la Escritura, llegar a ser una nueva criatura? Desde que él es por naturaleza lo que es, ¿no sería un acto de la más grande misericordia de Dios salvarlo del todo sin esta santidad, que es tan difícil aunque, como parece, tan necesario que él posea?

Pero no tenemos derecho a hacer esta pregunta. Ciertamente es suficiente para un pecador saber que ha sido abierto un camino para su salvación mediante la gracia de Dios, sin ser informado porqué tal camino y no otro fue elegido por la Sabiduría Divina. La vida eterna es “el regalo de Dios”. Sin duda Él puede prescribir los términos en los cuales lo

Newman, *Parrochial and plain sermons* 1, n. 153, Probablemente del 6 de agosto de 1826. Tr. castellana: Newman, J., *Sermones parroquiales /1 (Parrochial and plain sermons)*, Encuentro, Madrid, 2010 (tr. Víctor García Ruiz con José Morales y Luis Galván) pp. 41–52.

dará, y si El ha determinado que la santidad sea el camino de la vida, es suficiente. No es tarea para nosotros inquirir por qué tomó semejante determinación.

Aún así la pregunta puede hacerse reverentemente y con el deseo de aumentar el discernimiento de nuestra propia condición y perspectivas; y en ese caso el intento de preguntar será provechoso, si se hace sobriamente. Por lo tanto, procedo a establecer una de las razones, citada en la Escritura, por la cual la santidad es necesaria, como el texto nos dice, para la felicidad futura.

Ser santo es, en palabras de nuestra Iglesia, tener “la verdadera circuncisión del Espíritu”, esto es, estar apartado del pecado, odiar las obras del mundo, de la carne y del demonio, tener agrado en guardar los mandamientos de Dios, hacer las cosas como El quiere que las hagamos, vivir habitualmente en la visión del mundo que viene, como si hubiéramos roto los lazos de esta vida y hubiéramos muerto ya. ¿Por qué no podríamos ser salvados sin tener semejante estructura e índole de pensamiento?

Respondo de esta manera: aún suponiendo que fuera tolerado que un hombre de vida no santa entrara en el cielo, él no sería feliz allí; no sería misericordioso permitirle entrar.

Somos capaces de engañarnos a nosotros mismos, y considerar al cielo un lugar como esta tierra; quiero decir, un lugar donde cada uno pueda elegir y hacer su propio gusto. Vemos que en este mundo los hombres activos tienen sus propios goces, los hombres de vida familiar los suyos, y los hombres de literatura, de ciencia, de talento político, tienen sus respectivas ocupaciones y placeres. De aquí que somos llevados a actuar como si fuera lo mismo en el otro mundo. La única diferencia que ponemos entre este mundo y el siguiente, es que aquí (como sabemos bien) los hombres no están siempre seguros, pero allí, suponemos que estarán siempre seguros de obtener lo que buscaron. Y de acuerdo a esto, concluimos que cualquier hombre, cualesquiera sean sus hábitos, gustos, o forma de vida, una vez admitido en el cielo, será feliz allí.

No es que neguemos completamente sea necesaria alguna preparación para el mundo venidero, pero no apreciamos su real alcance e importancia. Pensamos que podemos reconciliarnos a nosotros mismos con Dios cuando queramos, como si no fuera requerido nada en el caso de los hombres en general, sino alguna atención temporaria a nuestros deberes religiosos, mayor que la ordinaria, alguna exactitud en el servicio de la Iglesia durante nuestra última enfermedad, como los hombres de negocios arreglan sus cartas y papeles al hacer un viaje o el balance de su cuenta. Pero una opinión como ésta, aunque se manifiesta comúnmente, es refutada tan pronto como se pone en palabras. Pues está claro en la Escritura que el cielo no es un lugar donde se pueden mantener al mismo

tiempo muchas ocupaciones diferentes y discordantes, como es el caso de este mundo. Aquí cada hombre puede hacer su propio gusto, pero allí deberá hacer el gusto de Dios. Sería presuntuoso intentar determinar los trabajos de esa vida eterna que los hombres buenos pasan en la presencia de Dios, o negar que ese estado que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni la mente concibió, pueda abarcar una variedad infinita de ocupaciones.

Sin embargo, se nos enseña claramente, que esa vida futura será en la presencia de Dios, en un sentido que no se aplica a nuestra vida presente, de manera que puede ser descrita como una ininterrumpida admiración sin fin al Eterno Padre, Hijo y Espíritu. "Ellos le dan culto día y noche en Su Templo, y el que está sentado en el trono habitará entre ellos... porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará, y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida". Y también, "La ciudad no necesita ni del sol ni de la luna que la alumbren, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero. Y las naciones que sean salvadas caminarán a su luz y los reyes de la tierra le llevarán su esplendor" (Ap. 7, 15.17; 21, 23-24). Estos pasajes de San Juan son suficientes para acordarnos de muchos otros.

El cielo, entonces, no es como este mundo. Voy a decir que se parece mucho más a una iglesia. Porque en un lugar de culto público no se escucha ningún lenguaje de este mundo, no hay planes presentados para objetivos temporales, grandes o pequeños, ninguna información de cómo fortalecer nuestros intereses mundanos, extender nuestra influencia o establecer nuestro crédito. Estas cosas deben de hecho ser rectas en su uso, de forma que no pongamos nuestro corazón en ellas; sin embargo, repito, es cierto que nada escuchamos de ellas en una iglesia. Aquí escuchamos hablar sólo y enteramente de Dios. Le alabamos, le adoramos, le cantamos, le agradecemos, lo confesamos, nos entregamos a Él, y pedimos Su bendición. Y, por lo tanto, una iglesia es como el cielo, porque tanto en la una como en el otro hay un único asunto soberano ante nosotros: la religión.

Supongamos que en lugar de decir que ningún hombre irreligioso puede estar al servicio de Dios en el cielo (o verlo, como expresa el texto), se nos dijera que ningún hombre irreligioso puede adorarlo o verle espiritualmente en la iglesia. ¿No percibiríamos inmediatamente el significado de la doctrina, a saber, que un hombre que llegue acá y hubiera tolerado que su mente siguiera su propio camino, como la naturaleza o la suerte lo determinaran, sin ningún esfuerzo deliberado o habitual por la verdad y la pureza, no encontraría ningún gozo real aquí, sino que pronto se cansaría del lugar? Porque en esta casa de Dios oiría hablar sólo de ese asunto que poco o nada le importa, y absolutamente nada de aquellas cosas que excitan sus esperanzas y temores, sus simpatías y energías.

Entonces, si un hombre sin religión, suponiendo que fuese posible, fuera admitido en el cielo, sin duda alguna, soportaría una gran desilusión. Antes, por cierto, imaginó que podría ser feliz allí, pero al llegar, no encontraría sino aquel discurso que evitó en la tierra, aquellas ocupaciones que aborrecía o despreciaba, nada que lo limitara a buscar algo más en el universo, y lo hiciera sentir en casa, nada en lo cual pueda entrar y descansar. Se vería a sí mismo como un ser aislado y apartado por el Poder Supremo de aquellos objetos que aún se entrelazan alrededor de su corazón. Y no sólo eso. Estaría en la presencia de ese Supremo Poder, a quien invariablemente nunca trajo a su pensamiento cuando estaba en la tierra, a quien ahora consideraría sólo como el destructor de todo lo que era precioso y querido para él. ¡Ah!, no podría soportar el rostro del Dios Viviente. El Dios Santo no sería objeto de gozo para él. "¡Déjanos solos! ¿qué tenemos que ver contigo?" (Lc 4,34), es el único pensamiento y deseo de las almas impuras, aún cuando reconocen Su Majestad. Nadie más que el santo puede mirar al Santo. Sin santidad ningún hombre puede soportar ver al Señor.

Cuando pensamos, pues, en tomar parte en los gozos del cielo sin santidad, somos tan inconsiderados como si pretendiéramos tener interés en el culto de los cristianos aquí abajo sin tenerlo de algún modo. Una mente descuidada, sensual, no creyente, desprovista de amor y temor a Dios, una mente de mirada estrecha y aspiraciones terrenas, de bajo nivel de obligaciones y conciencia oscurecida, una mente satisfecha consigo misma, indócil a la voluntad de Dios, correspondería con un gozo pequeño, en el último día, a las palabras "Entra en el gozo de tu Señor" (Mt 25, 21), lo mismo que le pasa ahora frente a la palabra "Oremos". Y aún muchísimo menos, por que mientras estamos en la iglesia, podemos cambiar nuestros pensamientos hacia otras cosas y darnos maña para olvidar que Dios nos está mirando; pero eso no será posible en el cielo.

Vemos, entonces, que la santidad, o la separación interior del mundo, es necesaria para nuestra admisión en el cielo, porque el cielo no es cielo, no es lugar de felicidad, excepto para el santo. Hay indisposiciones corporales que afectan el gusto, de modo que los sabores más dulces se hacen desagradables al paladar; y hay indisposiciones que perjudican la visión tiñendo el bello rostro natural con algún matiz enfermizo. De manera similar, existe una enfermedad moral que desordena la visión y el gusto interior; y ningún hombre que la tenga está en condiciones de gozar lo que la Escritura llama "la plenitud de gozo en la presencia de Dios, y la alegría a Su derecha para siempre".

Y no sólo esto. Yo me arriesgaría a decir más que esto. Es terrible pero está bien decirlo. Si quisiéramos imaginar un castigo para alguien no santo, un alma réproba, no se nos

podría antojar quizás uno mayor que convocarla al cielo. El cielo sería el infierno para un hombre irreligioso. Qué infelices somos capaces de sentirnos nosotros en el presente, cuando estamos solos en medio de extraños, o de hombres de gustos y hábitos diferentes a los nuestros. Por ejemplo, qué miserable sería tener que vivir en una tierra extraña, entre gente cuyos rostros nunca hemos visto antes y cuyo lenguaje no podemos comprender. Y ésta es una débil ilustración de la soledad de un hombre de disposiciones y gustos mundanos metido en la sociedad de los santos y de los ángeles. ¿Cuán desamparado vagaría a través de las cortes celestiales! No encontraría a nadie como él; vería en todas direcciones las señales de la santidad de Dios y esto lo haría estremecer. Se sentiría siempre en Su presencia. No podría cambiar más sus pensamientos en otro sentido, como hace ahora, cuando la conciencia le reprocha. Sabría que el Ojo Eterno está siempre sobre él, y ese Ojo de santidad, que es gozo y vida para las criaturas santas, le parecería un Ojo de ira y castigo. Dios no puede cambiar Su naturaleza. Santo es por siempre, y mientras es Santo, ninguna alma no santa puede ser feliz en el cielo. El fuego no inflama el hierro, pero sí la paja. Dejaría de ser fuego si no lo hiciera. Y así, el cielo mismo sería fuego para aquellos que escaparan contentos de los tormentos del infierno, a través del gran abismo. El dedo de Lázaro no haría otra cosa que aumentar su sed. El mismo "cielo que está sobre su cabeza" sería "bronce" para ellos.

He explicado en parte por qué se nos prescribe la santidad como condición para nuestra admisión en el cielo. Parece necesaria por la misma naturaleza de las cosas. No podemos ver cómo sería de otro modo. Ahora, mencionaré dos verdades importantes que parecen seguirse de lo que ha sido dicho.

1. Si un cierto carácter de mente, un cierto estado del corazón y afectos, son necesarios para entrar al cielo, nuestras acciones aprovecharán para nuestra salvación, principalmente en cuanto tienden a producir o evidenciar esta estructura de mente. Las buenas obras, como se las llama, se requieren, no como si tuvieran algo de mérito en ellas, ni como si pudieran ellas mismas quitar el enojo de Dios por nuestros pecados, o comprarnos el cielo, sino porque son los medios, conforme a la gracia de Dios, de fortalecer y manifestar ese principio santo que Dios implanta en el corazón, y sin el cual, como nos dice el texto, no podemos verle. Cuanto más sean nuestros actos de caridad, la negación de nosotros mismos, y la abstinencia, más instruidas serán nuestras mentes en la caridad, la abnegación y la renunciación. Cuanto más frecuentes sean nuestras oraciones, cuanto más humildes, pacientes y religiosos nuestros actos, ésta comunión con Dios, éstas obras santas serán los medios de hacer santos nuestros corazones y prepararnos para la futura presencia de Dios. Los actos externos, hechos al principio, crean hábitos internos. Repito,

los actos puntuales de obediencia a la voluntad de Dios, las buenas obras como son llamadas, nos sirven para irnos separando gradualmente de este mundo de los sentidos, e imprimiendo en nuestros corazones el carácter celestial.

Está claro, entonces, qué obras no sirven para nuestra salvación: todas aquellas que o no tienen ningún efecto para cambiar el corazón, o tienen un mal efecto. ¿Qué debe decirse de aquellos que piensan que es cosa fácil agradar a Dios y recomendarse a El, que haciendo unos pocos servicios, llaman a eso el camino de la fe y están satisfechos con ellos?. Es evidente que tales hombres en lugar de ser beneficiados por sus actos, como la benevolencia, honestidad y justicia, son (debo decirlo) perjudicados por ellos. Porque estos mismos actos, aunque buenos en sí mismos, son hechos para criar en estas personas un mal espíritu, un estado de corazón corrupto, a saber, amor propio, engreimiento, confianza en sí mismos, en vez de tender a volverlos de este mundo al Padre de los espíritus. Del mismo modo, los actos externos de venir a la iglesia y decir oraciones, que son por cierto deberes imperativos para todos nosotros, sólo sirven realmente a aquellos que los hacen en el espíritu de la guarda del cielo. Porque tales hombres solo hacen estos actos buenos para la mejora del corazón, mientras que ni la más exacta devoción externa aprovecha al hombre si no lo mejora.

2. Pero observad qué se sigue de esto. Si la santidad no es meramente hacer un cierto número de buenas acciones, sino que es un carácter interior que, conforme a la gracia de Dios, se sigue de hacerlas, ¿qué lejos de esa santidad está la muchedumbre de los hombres!. No son todavía ni obedientes a los actos externos, que es el primer paso para poseerla. Tienen que aprender aún a practicar obras buenas, como medio para cambiar sus corazones, que es el fin. Se sigue inmediatamente, aunque la Escritura no nos dijo nada claramente al respecto, que nadie es capaz de prepararse a sí mismo para el cielo, esto es, hacerse santo, en un corto tiempo; al menos no vemos cómo sea posible. Y esto, considerado meramente como una conclusión de la razón, es un serio pensamiento.

¿Ay!, así como hay personas que piensan ser salvadas por unos pocos actos, así hay otras que suponen que serán salvadas todas a un tiempo por una fe repentina y fácilmente adquirida. Muchos hombres que viven en negligencia con Dios, silencian su conciencia cuando molesta, con la promesa de arrepentirse algún día futuro. ¿Cuán a menudo continúan así hasta que la muerte los sorprende! Pero supongamos que ellos realmente comenzaran a arrepentirse cuando llegue ese día futuro. Más aún, supongamos que el Dios Todopoderoso los perdone y admita en Su cielo santo. Bien, pero ¿no hay más requisitos? ¿Están en el estado adecuado para servirle a El en el cielo? ¿No es este el

verdadero punto en el que he estado insistiendo: que no están en el estado adecuado? ¿No se ha mostrado que aún habiendo sido admitidos allí, sin un cambio de corazón no encontrarán gozo en el cielo? ¿Y se puede forjar el cambio de corazón en un día? ¿Cuáles de nuestros gustos e inclinaciones podemos cambiar en un momento a nuestra voluntad?: ni el más superficial. ¿Podemos con una palabra cambiar toda la estructura y el carácter de nuestras mentes? ¿No es la santidad el resultado de muchos esfuerzos de obediencia, pacientes y repetidos, trabajando gradualmente en nosotros, primero modificando y luego cambiando nuestros corazones?

No nos atrevemos a poner límites a la misericordia y al poder de Dios en los casos de arrepentimiento tardío en la vida, aún cuando Él nos ha revelado la ley general de Su Gobierno moral. Aún así, ciertamente es nuestro deber mantener invariablemente ante nosotros, y actualizar, aquellas verdades generales que su Palabra Santa ha declarado. Ella nos advierte de varias maneras que como nadie encontrará la felicidad en el cielo a menos que sea santo, nadie puede aprender a serlo en corto tiempo y cuando quiera. Está implícito en el texto lo que se llama una calificación, la cual sabemos que, de hecho, ordinariamente, lleva tiempo ganar. Lo propone claramente, aunque en figura, en la parábola del vestido de bodas, en la cual la santificación interior se constituye en una condición, distinta de nuestra aceptación de la oferta de misericordia, y que no puede pasarse de largo negligentemente en nuestros pensamientos como si fuera una consecuencia necesaria de ella. Y está también en la parábola de las diez vírgenes, la cual muestra que debemos encontrar al novio con el aceite de santidad, y que lleva tiempo conseguirlo. Y nos asegura solemnemente en las cartas de San Pablo, que es posible presumir de la gracia divina hasta dejar escapar el tiempo aceptable y ser sellado aún antes del fin de la vida como una mente réproba. (Heb. 6, 4-6; 10, 26-29; 2Pe 2, 20,22)

Deseo hablarlos, mis hermanos, no como ajenos a las misericordias de Dios, sino como partícipes de Su bondadoso testamento en Cristo, y por esta razón, en especial peligro, desde que solamente puede incurrir en el pecado de vaciar su testamento quien tiene su privilegio. Ni tampoco, por otro lado, os hablo como pecadores obstinados, expuestos al inminente riesgo de perder el derecho, o a la ocasión de tener perdida vuestra esperanza del cielo. Pero temo que están aquellos que, si trataran fielmente con su conciencia, estarían obligados a reconocer que no han hecho del servicio de Dios su primer y gran negocio, que su obediencia, para llamarla así, ha sido una cuestión de hecho, en la cual el corazón no tomó parte, que han actuado honradamente en los asuntos del mundo principalmente a causa de su interés mundano. Temo que hay quienes, cualquiera sea su sentido de la religión, tienen aún tales dudas y temores acerca de sí mismos como para

llevarles a la resolución de obedecer a Dios más exactamente en algún día futuro, tales temores como para convertirlos del pecado, aunque no suficientes como para tomar conciencia de su atrocidad o su peligrosidad. Tales hombres son frívolos con el tiempo señalado de misericordia.

Obtener el regalo de la santidad es el trabajo de toda una vida. Ningún hombre será perfecto aquí, por ser nuestra naturaleza tan pecadora. De aquí que, postergando el día del arrepentimiento, estos hombres están reservando para unos pocos años de oportunidad, cuando la fuerza y el vigor se hayan ido ya, ese trabajo para el cual toda una vida entera no sería suficiente. Ese trabajo es grande y arduo más allá de toda expresión. Hay mucho de pecado que permanece aún en el mejor de los hombres, y "si el justo se salva a duras penas, ¿en qué pararán el impío y el pecador?" (1 Pe 4,18). Su sentencia puede ser fijada en cualquier momento, y aunque este pensamiento no debe hacer desesperar a un hombre hoy, sin embargo debería hacerle estremecer por mañana.

Quizás, otros puedan decir: "Nosotros sabemos algo del poder de la religión, la amamos en su medida, tenemos muchos pensamientos rectos, venimos a la iglesia a orar; esta es una prueba de que estamos preparados para el cielo: estamos seguros y lo que ha sido dicho no se aplica a nosotros". Pero no estéis vosotros, mis hermanos, en el número de éstos. Una prueba principal de ser verdaderos siervos de Dios es nuestro deseo de servirle mejor, y estad seguros de que un hombre que está contento con su propio adelanto en la santidad cristiana, está en el mejor de los casos en un estado de oscuridad, o tal vez en gran peligro. Si estamos realmente empapados de la gracia de la santidad, aborreceremos el pecado como algo bajo, irracional y corrompido. Muchos hombres, es verdad, se contentan con visiones parciales e indistintas de la religión y mezclan motivos. No os contentéis con nada menos que la perfección. Ejercitaos día a día para crecer en conocimiento y en gracia, y de ser así, podréis al fin llegar a la presencia del Dios Todopoderoso.

Por último, mientras trabajamos para moldear nuestros corazones tras el modelo de santidad de nuestro Padre Celestial, es consolador saber lo que he querido decir: que no estamos abandonados a nosotros mismos, sino que el Espíritu Santo está bondadosamente presente con nosotros, y nos capacita para triunfar y para cambiar nuestras mentes. Es un consuelo y un estímulo, mientras que es algo ansioso y temible, saber que Dios trabaja en y a través nuestro (Fil 2, 12.18). Nosotros somos los instrumentos, pero solo los instrumentos, de nuestra propia salvación. Que no pueda nadie decir que los desanimo y les propongo una tarea más allá de sus fuerzas. Todos

tenemos el don de la gracia que se nos ha prometido desde nuestra juventud. Sabemos esto bien, pero no hacemos uso de nuestro privilegio. Formamos ideas mezquinas de la dificultad, y en consecuencia nunca entramos en la grandeza de los dones que nos han sido dados para vencerla. Luego, después de todo, si tal vez ganamos una visión más profunda del trabajo que tenemos que hacer, pensamos que Dios es un maestro duro que manda demasiado a una raza pecadora. Es verdaderamente estrecho el camino de la vida, pero es infinito el amor y el poder de Aquél que está con la Iglesia, en lugar de Cristo, para guiarnos.





Canonización



INVOCAR, CAMINAR Y AGRADECER: "TU FE TE HA SALVADO"³



«Tu fe te ha salvado» (Lc 17,19). Es el punto de llegada del evangelio de hoy, que nos muestra el camino de la fe. En este itinerario de fe vemos tres etapas, señaladas por los leprosos curados, que invocan, caminan y agradecen.

En primer lugar, invocar. Los leprosos se encontraban en una condición terrible, no sólo por sufrir la enfermedad que, incluso en la actualidad, se combate con mucho esfuerzo, sino por la exclusión social. En tiempos de Jesús eran considerados inmundos y en cuanto tales debían estar aislados, al margen (cf. Lv 13,46). De hecho, vemos que, cuando acuden a Jesús, "se detienen a lo lejos" (cf. Lc 17,12). Pero, aun cuando su situación los deja a un lado, dice el evangelio que invocan a Jesús «a gritos» (v. 13). No se

dejan paralizar por las exclusiones de los hombres y gritan a Dios, que no excluye a nadie. Es así como se acortan las distancias, como se vence la soledad: no encerrándose en sí mismos y en las propias aflicciones, no pensando en los juicios de los otros, sino invocando al Señor, porque el Señor escucha el grito del que está solo.

Como esos leprosos, también nosotros necesitamos ser curados, todos. Necesitamos ser sanados de la falta de confianza en nosotros mismos, en la vida, en el futuro; de tantos miedos; de los vicios que nos esclavizan; de tantas cerrazones, dependencias y apegos: al juego, al dinero, a la televisión, al teléfono, al juicio de los demás. El Señor libera y cura el corazón, si lo invocamos, si le decimos: "Señor, yo creo que puedes sanarme; cúrame de mis cerrazones, libérame del mal y del miedo, Jesús". Los leprosos son los primeros, en este evangelio, en invocar el nombre de Jesús. Después lo harán también un ciego y un

³ Homilía del Santo Padre Francisco en la Misa de Canonización del Beato John Henry Newman, Plaza de San Pedro, Roma, 13 de octubre de 2019.

malhechor en la cruz: gente necesitada invoca el nombre de Jesús, que significa Dios salva. Llamamos a Dios por su nombre, de modo directo, espontáneo. Llamar por el nombre es signo de confianza, y al Señor le gusta. La fe crece así, con la invocación confiada, presentando a Jesús lo que somos, con el corazón abierto, sin esconder nuestras miserias. Invoquemos con confianza cada día el nombre de Jesús: Dios salva. Repitémoslo: es rezar, decir "Jesús" es rezar. La oración es la puerta de la fe, la oración es la medicina del corazón.

La segunda palabra es caminar. Es la segunda etapa.. En el breve evangelio de hoy aparece una decena de verbos de movimiento. Pero, sobre todo, impacta el hecho de que los leprosos no se curan cuando están delante de Jesús, sino después, al caminar: «Mientras iban de camino, quedaron limpios», dice el Evangelio (v. 14). Se curan al ir a Jerusalén, es decir, cuando afrontan un camino en subida. Somos purificados en el camino de la vida, un camino que a menudo es en subida, porque conduce hacia lo alto. La fe requiere un camino, una salida, hace milagros si salimos de nuestras certezas acomodadas, si dejamos nuestros puertos seguros, nuestros nidos confortables. La fe aumenta con el don y crece con el riesgo. La fe avanza cuando vamos equipados de la confianza en Dios. La fe se abre camino a través de pasos humildes y concretos, como humildes y concretos fueron el camino de los leprosos y el baño en el río Jordán de Naamán (cf. 2 Re 5,14-17). También es así para nosotros: avanzamos en la fe con el amor humilde y concreto, con la paciencia cotidiana, invocando a Jesús y siguiendo hacia adelante.

Hay otro aspecto interesante en el camino de los leprosos: avanzan juntos. «Iban» y «quedaron limpios», dice el evangelio (v. 14), siempre en plural: la fe es también caminar juntos, nunca solos. Pero, una vez curados, nueve se van y sólo uno vuelve a agradecer. Entonces Jesús expresa toda su amargura: «Los otros nueve, ¿dónde están?» (v. 17). Casi parece que pide cuenta de los otros nueve al único que regresó. Es verdad, es nuestra tarea –de nosotros que estamos aquí para “celebrar la Eucaristía”, es decir, para agradecer–, es nuestra tarea hacernos cargo del que ha dejado de caminar, de quien ha perdido el rumbo: todos nosotros somos protectores de nuestros hermanos alejados. Somos intercesores para ellos, somos responsables de ellos, estamos llamados a responder y preocuparnos por ellos. ¿Quieres crecer en la fe? Tú, que hoy estás aquí, ¿quieres crecer en la fe? Hazte cargo de un hermano alejado, de una hermana alejada.

Invocar, caminar y agradecer: es la última etapa. Sólo al que agradece Jesús le dice: «Tu fe te ha salvado» (v. 19). No sólo está sano, sino también salvado. Esto nos dice que la meta no es la salud, no es el estar bien, sino el encuentro con Jesús. La salvación no es beber un

vaso de agua para estar en forma, es ir a la fuente, que es Jesús. Sólo Él libra del mal y sana el corazón, sólo el encuentro con Él salva, hace la vida plena y hermosa. Cuando encontramos a Jesús, el "gracias" nace espontáneo, porque se descubre lo más importante de la vida, que no es recibir una gracia o resolver un problema, sino abrazar al Señor de la vida. Y esto es lo más importante de la vida: abrazar al Señor de la vida.

Es hermoso ver que ese hombre sanado, que era un samaritano, expresa la alegría con todo su ser: alaba a Dios a grandes gritos, se postra, agradece (cf. vv. 15-16). El culmen del camino de fe es vivir dando gracias. Podemos preguntarnos: nosotros, que tenemos fe, ¿vivimos la jornada como un peso a soportar o como una alabanza para ofrecer? ¿Permanecemos centrados en nosotros mismos a la espera de pedir la próxima gracia o encontramos nuestra alegría en la acción de gracias? Cuando agradecemos, el Padre se conmueve y derrama sobre nosotros el Espíritu Santo. Agradecer no es cuestión de cortesía, de buenos modales, es cuestión de fe. Un corazón que agradece se mantiene joven. Decir: "Gracias, Señor" al despertarnos, durante el día, antes de irnos a descansar es el antídoto al envejecimiento del corazón, porque el corazón envejece y se malacostumbra. Así también en la familia, entre los esposos: acordarse de decir gracias. Gracias es la palabra más sencilla y beneficiosa.

Invocar, caminar, agradecer. Hoy damos gracias al Señor por los nuevos santos, que han caminado en la fe y ahora invocamos como intercesores. Tres son religiosas y nos muestran que la vida consagrada es un camino de amor en las periferias existenciales del mundo. Santa Margarita Bays, en cambio, era una costurera y nos revela qué potente es la oración sencilla, la tolerancia paciente, la entrega silenciosa. A través de estas cosas, el Señor ha hecho revivir en ella, en su humildad, el esplendor de la Pascua. Es la santidad de lo cotidiano, a la que se refiere el santo Cardenal Newman cuando dice: «El cristiano tiene una paz profunda, silenciosa y escondida que el mundo no ve. [...] El cristiano es alegre, sencillo, amable, dulce, cortés, sincero, sin pretensiones, [...] con tan pocas cosas inusuales o llamativas en su porte que a primera vista fácilmente se diría que es un hombre corriente» (Parochial and Plain Sermons, V,5). Pidamos ser así, "luces amables" en medio de la oscuridad del mundo. Jesús, «quédate con nosotros y así comenzaremos a brillar como brillas Tú; a brillar para servir de luz a los demás» (Meditations on Christian Doctrine, VII,3). Amén.

HOMILÍA DE LA MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS⁴

Hoy damos gracias a Dios por la canonización de John Henry Cardenal Newman. La Iglesia nos ha dado en san John Henry un santo con un gran amor a la Iglesia y un gran pastor de almas. Distinto a santos como el Padre Pío o Teresa de Lisieux, probablemente no será de la clase que capture la imaginación popular. Fue por encima de todo un sacerdote dedicado la mayor parte de su vida a las obligaciones ordinarias de su vocación. Al mismo tiempo, sus dones intelectuales lo ocuparon en las cuestiones teológicas y filosóficas de su tiempo, para su interpretación y comprensión. Su grandeza reside en parte en su habilidad intelectual para aproximarse a los temas del momento desde un ángulo diferente y una perspectiva más amplia. Como a san Felipe Neri, su padre espiritual, no podemos encasillar a Newman; debemos dejar que hable por sí mismo y él nos enseñará mucho.

Estoy seguro de que nadie estaría más sorprendido que Newman de hallarse canonizado como un santo. En su propia vida se sugirió que había llevado una vida santa, y su respuesta fue típica: "No tengo nada de santo, como todos saben, y es una severa y saludable mortificación que se piense así en la puerta de al lado de uno". Y concluye conmovedoramente: "Es suficiente para mí lustrar los zapatos de los santos, si es que san Felipe usa betún en el Cielo". Sin embargo, la Iglesia piensa de otro modo después de una debida deliberación y de aprobar dos milagros realizados por la intercesión del santo; John Henry Newman, el londinense nacido en 1801 y muerto en Birmingham en 1890 como cardenal de la Santa Iglesia Romana, es ahora elevado a los honores del altar. Se nos señala como modelo de vida cristiana y virtud, y como nuestro intercesor en el



⁴ Homilía de Mons. Robert Byrne, CO, Obispo de Hexham & Newcastle, en la Misa de acción de gracias presidida por el Cardenal Vincent Nichols, arzobispo de Westminster y primado de Reino Unido y Gales, Basílica de san Juan de Letrán, Roma, 14 de octubre de 2019.

Cielo.

Quizás deberíamos preguntarnos qué clase de santo es Newman y qué puede decirle a la Iglesia de nuestro tiempo. Fue el papa san Pablo VI quien dijo: "Guiado solamente por el amor a la verdad y la fidelidad a Cristo llegó a la plenitud de la sabiduría y la paz". En otras palabras, es la implacable y heroica búsqueda de la verdad y la santidad del Cardenal lo que nos trae a esta celebración matutina.

Fue mientras el joven John Henry estaba todavía en la escuela de Ealing que experimentó lo que más tarde llamó su primera conversión. En sus propias palabras, llegó a estar convencido en 1816 de la existencia de "mí y de mi Creador". No fue una mera captación intelectual sino una íntima convicción de que él estaba sujeto a una autoridad divina y vinculado a un dogma definido. Se sometió completamente a la voluntad de Dios y comenzó su larga búsqueda de la verdad y la santidad. Ahora tenía "esa visión del invisible que es la vida cristiana". Se sentía una criatura de Dios, responsable ante Él, posesión de Dios, no de sí mismo. Fue esta primera conversión la que iba a informar la vida de nuestro nuevo santo.

Pensamos a menudo que el punto de inflexión en la vida de Newman es su recepción en la plena comunión con la Iglesia Católica en octubre de 1845, pero fue para él un natural progreso de crecimiento en sus ideales. Le costó mucho dejar su familia, amigos y carrera, pero el lema de toda su vida era "la santidad antes que la paz", y es esta determinación la que lo hizo santo. El propósito de santidad y verdad fue para san John Henry la fuerza que condujo su vida. Vemos a través de su larga vida cómo defendió la causa de la Verdad revelada y fue audaz en proclamarla no sólo con sus muchos escritos sino también por medio de las instituciones que estableció. Hizo mucho por promover la causa cristiana al traer la Congregación del Oratorio a Inglaterra, fundando una universidad en Irlanda y una escuela en Edgbaston. Trabajó sin descanso como párroco y tuvo un cuidado paternal con su comunidad oratoriana. Guió incontables personas con cartas de dirección espiritual y consejo. Iluminó a aquellos que buscaban la verdad y continúa haciéndolo a través de sus obras de teología, filosofía, sermones y oraciones.

Newman tuvo también el gran don de la amistad. Su lema "El corazón habla al corazón" señala que así como Felipe él logró sus objetivos por medio de la amistad tanto como por un espíritu de oración, promoviendo la importancia de la belleza en el arte y la música. Hay quienes lo ven como un seco intelectual en oposición al carismático y jocoso Felipe Neri. Sin embargo, John Henry, que era hijo de san Felipe, fue imbuido como Felipe con un carisma de hacer contacto personal con los individuos, junto a una mirada

profundamente psicológica y un amor por cada uno de ellos, en orden a traerlos a una amistad más profunda con Dios. Ambos hicieron de esto el mayor pilar de sus apostolados.

San John Henry Newman fue enterrado el 19 de agosto de 1890. Veinte mil personas llenaban las calles de Birmingham para rendirle su último tributo. El Times le dedicó una página entera de obituario, y llegaron al Oratorio de Birmingham mensajes de condolencia de todo el mundo. Ciento veintinueve años después permanece recibiendo el mismo amor y respeto. Su don de amistad continúa.

Es conmovedor ver tanta gente de diferentes naciones y antecedentes dando gracias por su canonización. La presencia de tantos obispos, sacerdotes, religiosos y laicos fieles, reunidos aquí en Roma el fin de semana es en sí misma un tributo apropiado para este gran hijo de la Iglesia. Hoy es un gran día para la Congregación del Oratorio en todo el mundo y para la Iglesia en Inglaterra y Gales. John Henry es el primer Confesor de la fe inglés canonizado desde la Reforma. Pero más importante es que Newman pertenece a toda la Iglesia, a todos esos hombres y mujeres de diferentes partes del mundo que recibieron inspiración y ayuda de él. Recibimos especialmente a los representantes de la Iglesia Anglicana, que formaron al nuevo santo en la fe y que fue tan querida para él esa mitad de su vida.

Newman nos habla de diferentes maneras como predicador, escritor, teólogo y pastor. Pero nos habla de que estamos reunidos para dar gracias de que su vida y legado es ahora un don para la Iglesia Universal.

Muchos de nosotros creemos que el cardenal Newman hizo una contribución única a la comprensión que la Iglesia tiene de sí misma, especialmente en términos del lugar de los laicos, de la conciencia, y del desarrollo de la doctrina. La Iglesia tiene aún que decidir en



conceder a Newman el título de Doctor de la Iglesia, pero eso es algo por lo que podemos ahora pedir y trabajar por ello.

Quisiera dar tributo a muchos amigos y scholars de Newman, imposible de enumerar, que han promovido a lo largo de los años la Causa de canonización. Una persona que me siento constreñido a recordar es el padre Gregory Winterton del Oratorio de Birmingham, conocido por muchos de nosotros, cuyo infatigable trabajo y dedicación a la Causa del Cardenal fue monumental. Estamos inmensamente agradecidos a él, y a tantos otros por ayudar a hacer posible esta celebración.

Entonces, nos vamos de aquí esta mañana con la alegría de que san John Henry Newman es por fin proclamado Santo de la Santa Madre Iglesia, y probablemente esté lustrando los zapatos de san Felipe!

JOHN HENRY NEWMAN: ARMONÍA DE LA DIFERENCIA⁵

Cuando el Papa Francisco canonice mañana al Cardenal John Henry Newman, el primer británico en más de cuarenta años en ser proclamado santo, será motivo de celebración no sólo en el Reino Unido y no sólo para los católicos, sino también para todos aquellos que aprecian los valores que lo inspiraron.



⁵ Discurso pronunciado por Su Alteza Real el Príncipe de Gales en el festejo posterior a la ceremonia de Canonización, Pontificia Universidad Urbaniana, junto a la plaza España, Roma, 13 de octubre de 2019. Publicado por L'Osservatore Romano en la víspera de la canonización, en la edición diaria del 12 de octubre. Texto tomado de: <https://www.vaticannews.va/es/vaticano/news/2019-10/john-henry-newman-la-armonia-de-la-diferencia.html>.

En la época en que vivió, Newman representó la vida del espíritu contra las fuerzas que desestimaban la dignidad humana y el destino humano. En la época en que llega a la santidad, su ejemplo es más necesario que nunca: por la forma en que, en la mejor forma, ha sido capaz de defender sin acusar, de disentir sin faltar el respeto y quizás, sobre todo, por la forma en que ha podido ver las diferencias como lugares de encuentro y no de exclusión.

En un tiempo en que la fe estaba siendo cuestionada nunca como antes, Newman, uno de los más grandes teólogos del siglo XIX, aplicó su intelecto a una de las preguntas más apremiantes de nuestra era: ¿cuál debería ser la relación entre la fe y una era escéptica secular? Su compromiso, primero con la teología anglicana y luego, después de la conversión, con la teología católica, impresionó incluso a sus opositores por su audaz honestidad, implacable rigor y originalidad de pensamiento.

Cualesquiera que sean nuestras creencias, y cualquiera que sea nuestra tradición, sólo podemos agradecer a Newman los dones, arraigados en su fe católica, que compartió con la sociedad en general: su intensa y conmovedora autobiografía y su poesía profundamente sensada en *El sueño de Geroncio*, que, musicalizado por Sir Edward Elgar -otro católico inglés del que todos los británicos pueden estar orgullosos-, ha dado al mundo de la música una de sus obras maestras corales más perdurables.

En el momento culminante de *El sueño de Geroncio*, el alma, acercándose al cielo, percibe algo de la visión divina: *Una gran misteriosa armonía: me inunda, como el profundo y solemne sonido de muchas aguas. La armonía exige diferencia*. Este pensamiento está en el centro mismo de la teología cristiana en el concepto de la Trinidad. En el mismo poema Geroncio dice: *Creo firmemente y sinceramente, Que Dios es Trino y que Dios es Uno*; la diferencia, como tal, no debe ser temida. Newman no sólo lo demostró en su teología y lo ilustró en su poesía, sino que también lo demostró en su vida. Bajo su guía, los católicos se han convertido plenamente en una parte integral de la sociedad en general, que de esta manera se ha enriquecido aún más como comunidad de comunidades.

Newman no se ha dedicado sólo a la Iglesia, sino también al mundo. Aunque estaba totalmente dedicado a la Iglesia, a la que había llegado pasando por tantas pruebas intelectuales y espirituales, inició un debate abierto entre católicos y otros cristianos, allanando el camino para posteriores diálogos ecuménicos. Cuando en 1879 fue elevado a la dignidad cardenalicia, eligió como lema *Cor ad cor loquitor* (corazón habla a corazón) y

sus conversaciones más allá de las diferencias confesionales, culturales, sociales y económicas estaban radicadas en esta íntima amistad con Dios.

Su fe era verdaderamente católica, ya que abarcaba todos los aspectos de la vida. Es con este mismo espíritu que nosotros, católicos y no católicos, podemos, en la tradición de la Iglesia cristiana a lo largo de los siglos, abrazar la perspectiva única, la particular sabiduría y la comprensión que esta sola alma ha traído a nuestra experiencia universal. Podemos inspirarnos en sus escritos y en su vida, aun reconociendo que, como toda vida humana, era inevitablemente imperfecta. El mismo Newman era consciente de sus propios defectos, como el orgullo y el estar a la defensiva, que no estaban a la altura de sus ideales, pero que en el fondo lo hicieron más agradecido por la misericordia de Dios.

Su influencia ha sido inmensa. Como teólogo, su trabajo en el desarrollo de la doctrina ha demostrado que nuestra comprensión de Dios puede crecer con el tiempo y ha tenido un profundo impacto en los pensadores posteriores. Algunos cristianos se sintieron interpelados y fortalecidos en su devoción personal por la importancia que atribuía a la voz de la conciencia. Personas de todas las tradiciones que buscan definir y defender el cristianismo se han encontrado agradecidas por la forma en que ha reconciliado la fe y la razón. Aquellos que buscan lo divino en lo que podría parecer un ambiente intelectual cada vez más hostil encuentran en él un fuerte aliado que apoyó la conciencia individual contra el relativismo avasallador.

Y, quizás lo más importante, en un momento en que hemos visto demasiados ataques graves de las fuerzas de la intolerancia contra comunidades e individuos, incluidos muchos católicos, a causa de sus creencias, él es una figura que ha defendido sus convicciones a pesar de las desventajas de pertenecer a una religión a cuyos seguidores se les negaba la plena participación en la vida pública. A lo largo del proceso de emancipación católica y de la restauración de la jerarquía eclesiástica católica, fue la guía que su pueblo, su Iglesia y su tiempo necesitaban.

Su capacidad para expresar su calidez personal y su generosa amistad queda demostrada por su correspondencia. Son más de 30 los volúmenes con sus cartas, muchas de las cuales, de manera significativa, no están dirigidas a colegas intelectuales y líderes prominentes, sino a familiares, amigos y feligreses que buscaron su sabiduría.

Su ejemplo ha dejado un legado duradero. Como educador, su trabajo tuvo una gran influencia en Oxford, Dublín y también más allá, mientras que su tratado *La idea de la Universidad* sigue siendo un texto fundamental en la actualidad. Sus esfuerzos, a menudo olvidados, para educar a los niños son un testimonio de su compromiso para garantizar

que personas de todos los ambientes pudieran ser partícipes de las oportunidades que la educación puede ofrecer. Como anglicano recondujo aquella Iglesia a sus raíces católicas y como católico estaba dispuesto a aprender de la tradición anglicana, por ejemplo, en la promoción del papel de los laicos. Dio a la Iglesia Católica una nueva confianza cuando se restableció en una tierra de la que había sido desarraigada. Hoy la comunidad católica en Gran Bretaña tiene una deuda incalculable hacia su incansable trabajo, así como la sociedad británica tiene razones para estar agradecida a esta comunidad por su contribución inconmensurablemente valiosa a la vida de nuestro país.

Esta confianza se expresaba en su amor por el paisaje inglés y la cultura de su país natal, a la cual ha dado una contribución tan ilustre. En el Oratorio que instituyó en Birmingham, que ahora alberga un museo dedicado a su memoria, así como una comunidad de culto activo, vemos la realización, en Inglaterra, de una visión que él trazó de Roma, que describió como "el lugar más maravilloso de la Tierra". Al llevar la Congregación del Oratorio de Italia a Inglaterra, Newman buscó compartir su carisma de educación y servicio.

Amaba Oxford, honrándola no sólo con apasionados y eruditos sermones, sino también con la hermosa Iglesia Anglicana de Littlemore, construida después de un viaje formativo a Roma donde, buscando una guía para su camino espiritual y meditando sobre su relación con la Iglesia de Inglaterra y con el Catolicismo, escribió su amado himno *Lead Kindly Light*. Cuando finalmente decidió dejar la Iglesia de Inglaterra, su último sermón, en el que se despidió de Littlemore, dejó a la congregación llorando. Se titulaba *The Parting of Friends*, "La despedida de los amigos".

Mientras recordamos la vida de este gran británico, gran eclesiástico y, como podemos decir ahora, gran santo, que supera las divisiones entre tradiciones, es ciertamente justo dar gracias por la amistad que, a pesar de la separación, no sólo ha resistido sino que también se ha fortalecido.

En la imagen de la armonía divina, expresada tan elocuentemente por Newman, podemos ver cómo, después de todo, cuando seguimos sincera y valientemente los diferentes caminos a los que nos llama nuestra conciencia, todas nuestras divisiones pueden conducir a una mayor comprensión y todos nuestros caminos pueden encontrar una casa común.







Oración para implorar favores:

Dios, Padre Nuestro, tu siervo san John Henry Newman defendió la fe con su enseñanza y ejemplo. Que su lealtad a Cristo y a la Iglesia, su amor a la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios y su compasión por los perplejos, sirvan de guía al pueblo cristiano hoy. Te suplicamos que concedas los favores que te pedimos por su intercesión... Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

**Si recibes algún favor por intercesión de san John Henry Newman, por favor comunícanoslo.*

The Newman Society

"Un heterogéneo e independiente grupo de hombres dedicados a una labor de autoreforma, no por presión alguna de la opinión pública, sino simplemente porque era necesario y justo emprenderla". Un puñado de amigos, pues "no queremos grandes tropas, sino francotiradores", que buscamos ayudarnos en la más sublime actividad humana, el trabajo sobre nosotros mismos. Nuestra amistad es garantía de fidelidad y fecundidad apostólica.

Queremos fomentar entre los jóvenes la amistad auténtica y la formación integral. **Nuestro modelo inspirador es san John Henry Newman**, canonizado por el Papa Francisco en Roma, el 13 de octubre de 2019. También nosotros deseamos "que los mismos lugares y los mismos individuos sean a la vez oráculos de sabiduría y santuarios de devoción; que el laico sea verdadero y devoto creyente, y que el hombre devoto sea culto y pueda dar razón de su fe".

www.thenewmansociety.org



COR AD COR LOQUITUR.